

PARA LA HISTORIA.

*1000*

LEON.—NICARAGUA.

ABRIL DE 1892.

## PARA LA HISTORIA.

---

### I.

Cuando sucesos de gran trascendencia se desarrollan en un país, por pequeño é incipiente que el sea, y aun con mayor razón en este caso, puesto que de la sanción que sus primeros pasos obtengan, depende la moralidad de sus futuros gobernantes; conviene que los ciudadanos estudien, discutan y sancionen los antecedentes, el desarrollo y las consecuencias de esos acontecimientos que constituyen la historia política y á las veces la económica de la época; y aún conviene muy particularmente fijar la atención en ciertos hechos que sintetizan el carácter y tendencias de los hombres que han actuado como directores de la política del país en las épocas marcadas por sucesos de gran trascendencia social, política ó económica.

Juzgo que la farsa-contienda electoral que acaba de sacudir al país escarneciendo la pureza del sufragio es un suceso de tal importancia y tan destinado á normalizar la futura marcha político-económica del Ecuador, que pasar desapercibidas sus peripecias, sería sancionar inmoralmemente procedimientos que han sido un verdadero ultraje á nuestras instituciones y que preparan un desastre irreparable para el crédito de la Nación, si los hombres que seguirán administrando el país en fuerza de la elección fraudulenta que acaba de pasar cumplen, sus propósitos consumando las negociaciones que contra la voluntad del país ha iniciado el doctor Flores.

Es por esto que apreciando la contienda electoral en sus dos fases; la elección para concejeros municipales y la para Presidente de la República, íntimamente ligadas, no por su naturaleza, sino porque el fraude en la primera preparó el fraude para la última, juzgo que ambas pesan como una afrenta para la Nación en general y como un sangriento ultraje á los partidos; entendiéndose que no llamo partido á la agrupación formada por el doctor Flores con el ejército y los empleados públicos sino que me refiero á los partidos liberal y conservador, formados por los ciudadanos en ejercicio de sus derechos y no coactados por el dinero de las arcas nacionales.

La gran afrenta que el doctor Flores ha hecho á la Nación es un suceso digno de muy detenido estudio, no solo por los fines que él y su círculo se han propuesto, sino porque los medios empleados para contrariar la voluntad de la Nación revisten á ese acontecimiento de un carácter odioso y repugnante y porque de todo en todo han sido la expresión de la voluntad de un círculo oligarca en lucha abierta con la opinión pública, ó lo que es lo mismo, esos medios han sido las armas del interés privado de una familia empleadas cínicamente para sobreponerse á la voluntad de la Nación, para anonadar por la sola voluntad de ese círculo y con su abuso del Ejército nacional, el derecho de sufragio y con él la institución de la República.

Natural es que producido el efecto, si de él queremos deducir una enseñanza beneficiosa, sino para nosotros por lo menos para nuestros descendientes, se hace preciso inquirir la causa determinante del suceso. Encontrada ésta, conviene estudiar el hecho en sí y en los medios empleados para su realización, y finalmente esponer en toda su desnudez los fines que los hombres que han actuado como directores del suceso se han propuesto al emplear tan vituperables manejos.

Agena por sus proporciones esta importante y debatida cuestión á las estrechas columnas de un periódico y no siendo de interés puramente local, sino de la mayor importancia para toda la Nación, me veo precisado á coleccionar mis apuntaciones en un cuaderno para que amigos y adversarios tengan en un solo cuerpo los antecedentes del suceso, su desarrollo, las consecuencias y los comprobantes de mis aseveraciones, y porque si por hoy el remedio violento traería un trastorno tan perjudicial á los intereses del país como el mismo fraude con que se ha abofeteado á los ecuatorianos, conviene que los legisladores conozcan y tengan recopilados los datos y comprobantes de la manera como esos acontecimientos se incubaron y produjeron el escándalo electio-

nario, con el que la oligarquía ecuatoriana ha insultado á mis ciudadanos y ha hecho odiosa granjería de la sagrada institución del sufragio, y para que con la prudencia que el país presupuso en ellos al elegirlos para sus representantes, pongan vallas poderosas á los que la opinión pública señala como explotadores del empobrecido tesoro nacional y almonedistas del moribundo crédito público; para que esos legisladores que deben poseer la ciencia del gobierno, corrijan las corruptelas con que un círculo odiado ha conseguido apropiarse el Ecuador, y finalmente para que correspondiendo á la confianza depositada en ellos, vuelvan á los ecuatorianos las garantías constitucionales que la oligarquía dominante tiene conculcadas.

Las personas á quienes mis escritos anteriores han mortificado por la amargura de las verdades que contienen, han divagado sin el menor acierto atribuyéndolos á muchas personas de diferentes círculos políticos, ajenas completamente todas ellas á mi modo de pensar y aún al estilo burdo de mis escritos.

Al velar mi nombre con el anónimo no procedo por temor, porque mi modo de vivir independiente no me liga ni me obliga a persona alguna. Un apellido oscuro como el mío nada aumenta al valor de mis escritos; tal vez les haría perder, por el desgraciado sistema que entre nosotros se ha establecido de apartarse de la discusión de principios para encenagarse en las personalidades. Lo cuerdo hubiera sido en vez de insultar á determinadas personas, probar la inexactitud de mis aseveraciones. Estas han quedado en su puesto, y los insultos de mis adversarios llenan las columnas de algunos diarios aunque dirigidos contra una sombra.

Al tratar de salir en defensa de la Constitución de mi patria que creo vulnerada por el círculo dominante, hago caso omiso de mi credo político; pues de la misma manera que en mi condición de radical me adherí al partido liberal y éste al conservador por el efecto limitado de luchar en el terreno electoral contra la oligarquía, enemigo común de los ecuatorianos, hoy con completa prescindencia de las aspiraciones exclusivas del círculo político que pertenezco y teniendo en mira que antes que partidario so ecuatoriano, trato de dar mi contingente para la salvación de las instituciones que tanto amparan á liberales como á conservadores, puesto que fueron creadas de común acuerdo para todos los ecuatorianos y no para determinado grupo.

El insulto que el doctor Flores ha irrogado á mi concidudadanos no hiere á uno ú otro de los partidos; pero sí á ambos y por eso que ambos deben continuar unidos hasta la reconquista

de nuestros derechos, sirviéndonos de saludable enseñanza el mal incalculable que nos ha hecho el doctor Flores faccionándonos con el ya bien claro propósito de imperar sobre los escombros disgregados de los verdaderos partidos políticos.

La fría reflexión de este grave acontecimiento convencerá á nuestros legisladores de que si el doctor Flores no hubiera contado con las cámaras del año 90 y con los miembros que consiguió disgregar de los dos partidos para formar una tercera entidad, no siquiera se habría atrevido á presentar los monstruosos proyectos económicos que alarmaron á toda la Nación, porque todos palpamos en ellos el enriquecimiento de los negociantes del pacto, la bancarrota oficial y la miseria pública, inmediatamente traducida por la paralización de los negocios que estamos palpando, por la ya diseñada emisión de papel moneda y por ende la miseria de los particulares, miseria que maliciosamente hacen atribuir á los bancos de emisión, para que la gente sencilla crea que la restricción que estas instituciones han puesto á sus negocios con los particulares, es la causa del malestar económico del país. Basta reflexionar que el gobierno con una imprevisión que pasma, ha extraído en calidad de préstamo, todo el capital de esos bancos y ha tenido aún la pretensión de que le adelanten más dinero, creyendo probablemente los financistas de palacio que los capitales de los Bancos son los billetes en circulación y que un día ú otro aquellos pagarán sus billetes al portador con bonos del tesoro, esto es con música celestial, litografiada por su deudor.

No se trata pues hoy del predominio de un partido como arteramente propalan los sostenedores de la oligarquía, sino que se aspira lisa y llanamente á libertar al país de una calamidad reemplazando el círculo oligarca que ha distribuido entre sus miembros toda la suma del poder público, con un mandatario realmente elegido por el pueblo y no por las bayonetas. Y cuando verdadero motivo de regocijo nacional hubiera sido que ese mandatario, conservador ó liberal, subiera al solio sostenido por los dos partidos; el ejército y los empleados públicos se enfrentan á la opinión nacional y con reprobados manejos, abortan de las urnas una hechura de las bayonetas y la coacción que no representa á ninguno de los partidos nacionales, pero que es la voluntad expresa del Presidente de la República. Que ni liberales ni conservadores hemos pretendido el predominio irritante de nuestros respectivos partidos, es indudable para todo el que juzgue los acontecimientos con imparcialidad. Los liberales hemos aceptado el candidato conservador y hemos postergado nuestra labor de propaganda para dedicarnos exclusivamente á la lucha electo-

ral. Los conservadores han aceptado nuestro apoyo, á sabiendas de que ninguno de nosotros ha renunciado ni á su credo ni á sus aspiraciones, esto es, ambos partidos han prescindido de sus aspiraciones exclusivas y aún de sus rencores en aras de verdadero patriotismo, al ver en peligro las instituciones. Triunfante la candidatura conservadora de la Fusión, los liberales recomenzaríamos nuestra labor de propaganda, teniendo es verdad, frente á nosotros un adversario poderoso, pero adversario definido y conocedor de la lealtad de nuestros procedimientos, en tanto que con el triunfo de la oligarquía y conocidos como son los manejos de esa escuela corruptora, las filas de los dos verdaderos partidos serían como han venido siendo desde la administración del señor Camaño, el pasto de la corrupción.

Una salvedad antes de comenzar.

Los insultos de que han sido blanco algunas personas por suponérselas autoras de mis escritos y la tenacidad con que se ha espionado á otras por el mismo motivo, y deseando evitar persecuciones á esas personas y aún á los benévoloos directores de el "Diario de Avisos" y "El Tiempo", que tan bondadosamente acogieron mis artículos, me ponen en el caso de buscar en la prensa extranjera hospitalidad para mis originales.

Sentiría que por la distancia y otras dificultades estos renglones regresaran impresos á mi país inoportunamente; pero de todos modos, algún provecho reportarán mis conciudadanos de las enseñanzas contenidas en estas cuartillas, fruto aquellas de larga experiencia y atento estudio del gran acontecimiento cuyos antecedentes, desarrollo y consecuencias paso á relatar.

## II.

Durante los últimos años de la vida y dominación del señor García Moreno, el doctor Antonio Flores Jijón, con el carácter de Agente fiscal del Ecuador en Europa y acerbo censurador de anteriores arreglos, comenzó nuevas gestiones para un nuevo arreglo de la deuda, que indebidamente se imputó al Ecuador, después de su separación de la Gran Colombia.

El doctor García Moreno, verdadero genio político y como tal, justipreciador de los hombres, comprendió que las gestiones de don Antonio, tales como él las estaba conduciendo, eran perjudiciales para la Nación, aunque beneficiosas para álguien que no necesito nombrar, porque todos mis contemporáneos lo conocen, y retiró al doctor Flores los poderes que tenía.

Sobrevino la muerte del coloso, y como sucede en tales casos

los aspirantes se multiplicaron. En obsequio de la verdad debo consignar que el doctor Antonio Borrero no perteneció á este número, aunque fué á él á quien favorecieron los sufragios del pueblo, sin otra coacción que la de un entusiasmo exagerado. Pero uno de los aspirantes á la túnica de César, fué don Antonio Flores, que hasta entonces permanecía en los Estados Unidos. Aún sin tantear la opinión pública, pero poseído de esa especie de locofrenesí característico de don Antonio, se vino al Ecuador, con tan desgraciada oportunidad, que acertó á poner el pié en tierra horas después de que sus parientes en esta ciudad lanzaban un su programa conservador, ignorando que en la maleta del viajero venía impreso ya el programa de oportunidad, esto es el programa liberal, y maldiciendo de la política económica del doctor García Moreno. Una carcajada general fué la respuesta que la Nación dió á los opuestos programas del candidato, en los que, como es costumbre, se ofrecía hacer prodigios en bien del país y sobre todo *consumar los arreglos que la falta de honradez del señor García Moreno habia interrumpido*; las subrayadas no son frases textuales del programa, pero evidentemente ese era el sentido del curioso documento en que se trataba de revestir de justicia la misma causa que el autor habia anatematizado como leonina: esto cuando aspiraba él á ser el agente de los arreglos, lo primero cuando aspiró á ser Presidente del Ecuador.

He rememorado este hecho que todos mis contemporáneos conocen, porque desde entonces ví perfilarse para mi país una cadena de calamidades y la nación entera abrigó la convicción de que el que no habia trepidado para pintar un cuadro de doble efecto cambiabile á gusto del prestidigitador, tampoco trepidaría en los medios para apoderarse del escenario.

De ese puntillo oscuro que en el horizonte político de mi patria apareció en los primeros días de octubre de 1875, se desprendió la tempestad que hoy está arrasando la tierra ecuatoriana, porque ha fraccionado los partidos, ha corrompido el sufragio, ha embrocado á la Nación y á los particulares, ha prostituído el crédito público poniendo todas las fuerzas vitales del país á disposición de una camarilla judaica, y rechaza de la participación en la cosa pública á todo ecuatoriano que no sea humilde siervo de la oligarquía y de los usureros negociantes de nuestro crédito.

Esto es decir que el doctor Flores, consecuente con su programa de aspirante, ha querido en todo tiempo y por todos los medios, consumir una negociación que en principio condenó él mismo cuando fueron otros los gestores, y endiosó en principio y pretende llevar á la práctica hoy que es él el gestor de

la negociación y cuando sus más inmediatos parientes aparecen suscribiendo los contratos que la opinión pública señala como la obra del peculado.

La Nación entera rechazó con la candidatura del doctor Flores su programa, no sin que él escribiera artículos sensacionales para justificarse de haber encontrado legal entonces lo mismo que él habia vituperado antes; el desden público fué la respuesta á sus artículos, por sobre cuya lógica flotaba el convencimiento nacional de que el doctor Flores estaba diciendo entonces por interés personal, lo contrario de lo que antes habia escrito.

La necesidad de restringir en lo posible las dimensiones de este cuaderno, me impide seguir los pasos del doctor Flores desde su derrota eleccionaria; su actitud durante la presidencia del doctor Borrero; la 1.<sup>a</sup> dictadura del general Veintemilla; la presidencia constitucional del mismo, y la 2.<sup>a</sup> dictadura; épocas en las que por la propia confesión del acusado sabe el país que no abandonó sus proyectos económicos, haciendo lujo de una constancia poco común y que no desmayó ni ante la humillación de entrar en tratos y convenios con la dictadura agonizante ya, hecho bochornoso é indudable y cuyos pormenores conocen todos mis contemporáneos.

Cuando el arribo de don Antonio Flores á la ciudad de Guayaquil, último baluarte de Veintemilla, la situación del país era la expectativa de un desenlace en el cual cada uno de los tres gobiernos esperaba adueñarse de los destinos de la República: el partido conservador, precidido por un Pentavirato; el liberal cuyo ejército mandaba el general Alfaro, y el personalísimo de Veintemilla, cuya bota pesaba indistintamente sobre liberales y conservadores.

Las probabilidades del triunfo estaban de parte de la Fusión, porque Veintemilla en su calidad de dictador, se habia hecho enemigo de los ecuatorianos en general, esto es, que luchaba contra la opinión pública, enemigo más poderoso que las tres mil bayonetas que se arremolinaban en Mapasingue sin otro lazo de unión que el odio á la dictadura; con todo, al dictador no le quedaba otro recurso que la rendición ó un combate quijotezco contra toda la República.

El Pentavirato por medio del comandante en jefe de su ejército señor General José M. Sarasti, dió un decreto fechado el 9 de Mayo de 1883 por el cual y después de serios considerandos, ponía fuera de la ley al dictador: parecia, pues, inminente el combate decisivo; pero la nubecilla del mes de Octubre de 75 reapareció en el río de Guayaquil y los ardores guerreros del Pentavi-

rato se calmaron; se echó en olvido el decreto tremebundo y don Antonio Flores "*por las artes de la paz*" quiso negociar la entrega de la plaza... Felizmente para el país, no fué posible contar con todas las voluntades, y las negociaciones fracasaron porque, como con admirable exactitud dijo el doctor Flores, "la resistencia vino de donde menos se esperaba."

En efecto á Veintemilla se le había hecho creer que las rivalidades de partido, dividían profundamente á la fusión pero que el Pentavirato era el árbitro de la situación. Sin embargo como no fué posible unificar la acción de los comisionarios las esposiciones fracasaron por motivos ajenos á esta relación, pero con profundo disgusto del doctor Flores.

Se hizo necesario el combate decisivo y la dictadura quedó vencida el 9 de julio de 1883.

Entonces el doctor Flores comenzó contra todos los que hacían oposición á sus proyectos financieros, un tiroteo de acusaciones insensatas é insultos ajenos á su carácter y posición; la causa de estos insultos fué la franqueza con que sus adversarios dijeron que la única aspiración del doctor Flores era intervenir en el arreglo de la deuda inglesa. Más tarde el doctor Ponce adquirió el mismo convencimiento é hizo bandera política con muchísima justicia de la cuestión económica, he aquí porque los insultos del doctor Flores se distribuyen por iguales partes entre todos sus adversarios conservadores y liberales.

Coincidencia. Los señores Ponce y Alfaro son los dos jefes de los dos partidos nacionales. Don Antonio Flores detesta á los dos. Es cierto que ambos con republicana franqueza le han dicho al país cuáles son las verdaderas aspiraciones del floreanismo renaciente.

Resumiendo: desde su arribo á Guayaquil, el año 83, el doctor Flores recomendó su propaganda económica (la política no le importaba), y con tal fin intrigó para que la plaza le fuera entregada.—Fracasó el proyecto,—pretendió debilitar el prestigio y las armas del partido liberal.—Fracasó el proyecto,—promovió las desventuradas conferencias y éstos como los otros proyectos del diplomático viajero fracasaron, alejándole indefinidamente el dorado arreglo de las negociaciones, pesadilla de toda su vida.

Nadie se ha ocupado en replicar á los insultos que el doctor Flores ha hecho á los señores Ponce y Alfaro y se ha procedido muy bien; los hechos desnudos, esto es, los resultados prácticos están sacando verdaderos á esos dos personajes y grabando en la conciencia de todos y cada uno de los ecuatorianos la verdadera historia del doctor Flores y el alcance de sus proyectos político-económicos.

"Sin constarme que sea cierto, supongo con muy buenos fundamentos que la pretensión del Pentavirato de que Guayaquil se sometiera á su jurisdicción después del combate del 9 de Julio, fué idea de don Antonio, y uno de los fundamentos en que me apoyo es que el proyecto fracasó. ¡Achaque infalible de todo proyecto del diplomático viajero!

Guayaquil, lejos de someterse á tales pretensiones, constituyó un tercer gobierno cuya administración encargó al immaculado Pedro Carbo. Los tres gobiernos convinieron en convocar una Convención Nacional.

Como era de esperarse, las elecciones para convencionales se verificaron bajo la presión del vencedor y bajo el ilegal principio de que los vencidos no podían ser ni electores ni elegidos. Con semejante vicio fundamental, no era racional esperar que las labores de la Convención fueran beneficiosas para el país, ni esto interesaba á la mayoría compuesta de hechuras del floreanismo ó de conservadores honorables, á los que se había halagado con el anodamiento del partido liberal.

Reunida la Convención, dicha Nacional, y más propiamente llamada concejo de vencedores, un diluvio de discursos académicos y manifestaciones ampulosas convirtió el recinto de la Convención en un volcán de injurias y denuestos contra todo lo que no era floreanismo ó por lo menos conservador; error gravísimo que sin duda hoy deploran los mismos que atizaron esa guerra de impropiedades, pero cuando verdaderamente el paroxismo de la fusión se desencadenó, fué cuando la asamblea oyó leer las memorias de los señores Alfaro y Valverde. La careta de patriotismo con que don Antonio Flores había atravesado los dos océanos, cayó ante las sencillas manifestaciones de los señores Alfaro y Valverde; pero la gran mayoría de los convencionales, elegida por el sistema floreano y halagada con ese prurito antipatriótico de anonadar al adversario político y no creyendo que se trataba de la resurrección del sistema derrocado el 6 de marzo de 1845, cometió el error de elegir Presidente de la República á don José María P. Caamaño pariente del mismo don Antonio Flores á quien la Nación entera había rechazado el año 75 por sus proyectos económicos;—en una palabra—prevaleció el antagonismo político sobre el interés de la Nación, porque con el advenimiento al poder del señor Caamaño, echaba el señor Flores las bases fundamentales de sus proyectos económicos. En Londres y París, en calidad de ministro, seguiría labrando en los escritorios de Dreifus Fils; al concluir el señor Caamaño su período don Antonio sería el sucesor para poner el anhelado ejecútese al sueño dorado de su vida, y al concluir este acto de la comedia, regresaría á Europa, otra vez

de ministro, para disfrutar con sus amigos y compañeros de labor los frutos del crédito que nos trajo con sus repetidas travesías de los dos océanos. Por ventura, como se estila decir ahora, siendo de don Antonio el proyecto, ha comenzado el imprescindible fracaso, si bien es cierto que ya le cuesta al país torrentes de sangre, lágrimas y dinero.

La Convención eligió al señor José María Plácido Caamaño Presidente de la República. Este guayaquileño había militado, según su decir, en las filas del partido liberal; pero la verdad es que apesar de ser hijo de una familia por mil títulos honorable, había pasado una juventud borrascosa y sentado por ello solidamente la reputación de un calavera, y por lo tanto, sin credo político definido. Entrado en años, su familia acordó entregarle un valioso fundo, el que administró á completa satisfacción del propietario su tío, si bien desarrollando instintos feroces estimulados tal vez por las circunstancias que exigían para el administrador de ese fundo un excesivo rigor. Desde allí vió á la República presa de la dictadura de Veintemilla y juzgó que quien tan bien había administrado Tenguel, no era inhábil para tunonear la República, sobre todo comparándose con los estadistas que por entonces gobernaban el Estado.

Parecía de moda conspirar contra Veintemilla y don José María entró por la moda y tomó parte en una tentativa de Rovacholismo. Descubierta la tentativa, Veintemilla, tuvo la debilidad de creer en esa paparrucha y desterró al señor Caamaño y sus hermanos. Con ese destierro le dió un título honroso que el desterrado explotó con esa viveza del calavera acostumbrado á los expedientes del momento.

La República entera se había sublevado á la sazón contra la dictadura y don José María so capa del cumplimiento de un deber, reunió á otros desterrados, y, colectando dinero á la gruesa ventura, organizó una montonera que tuvo brillante ocojida al llegar á territorio ecuatoriano, debido indudablemente al aparente fin que se proponía pero no á simpatías por el floreanismo que encarnaba.

En Machala engrosó la montonera y le dió forma de cuerpo de ejército, y en los primeros días de mayo de 83, llegó á Yaguachi á tiempo que su pariente don Antonio, el de los proyectos económicos, pasaba de Guayaquil, fortín de la dictadura, al campamento del Pentavirato en Mapasingue, Yaguachi ó Samborondón, circunstancia que no recuerdo con exactitud.

Allí los dos parientes, Flores Caamaño, unieronse como era natural, con el otro hermano don Reynaldo y el general Francisco J. Salazar y desde entonces el floreanismo formó un núcleo pode-

roso. Se discutió y aprobó el programa que desde entonces viene desarrollandose, siendo el primer acto de la función, después del triunfo sobre la dictadura, la exaltación del señor Caamaño á la presidencia de la República.

A nadie que juzgue con imparcialidad de los acontecimientos políticos iniciados en Mapasingue á la llegada del doctor Flores, á nadie, digo, que juzgue de esos acontecimientos con el criterio del patriota y no del partidario, se le puede ocultar que el floreanismo renaciente abría una campaña, mas que contra la dictadura, contra todos los defensores de la honra nacional. Buscar el apoyo de los conservadores y excitarlos al esterminio de los liberales, fué solo la primera parte; lo ulterior era ladear á esos mismos conservadores con las propias armas que ellos le habían dado y reconstruir el floreanismo aunque sustituyendole el mote, con el de progresismo y por fin lanzarse á la codiciada pieza del arreglo de la deuda inglesa.

Por desgracia pudo más en los conservadores el odio de partido que el instinto de conservación y tan eficazmente ayudaron al señor Caamaño empujado á su vez por la suprema aspiración de don Antonio y fueron tantas las violencias injusticias y desmanes de que fueron víctimas los liberales, que sin elementos se anticiparon á esa revolución que pocos meses después habrían hecho los conservadores al descubrir las verdaderas intenciones de don Plácido y familia.

Apreciación atrevida es esta pero es tan tangible y comprobada, que los mismos que fusilaron, calumniaron y esterminaron á los sublevados, estan hoy con ellos y unidos para defender la honra nacional tan prostituída el año 84 como el 88 y el 92, porque desde esa época impera en el Ecuador la más genuina manifestación del Floreanismo.

Este es un reproche justo que hago al partido conservador con la lealtad que caracteriza mis escritos y lo que digo de ellos, lo digo de los liberales que cuando vencedores han observado el mismo sistema de esterminio contra el vencido.

Lo que entonces sufrimos es una dura amenaza que nos hará á todos los ecuatorianos quitar la palabra esterminio de nuestras contiendas políticas; porque ella es sinónimo de fratricidio. Podemos y debemos discutir nuestros principios, pero no tenemos el derecho de imponerlos. Si ladeamos sus rencores exajerados al tiempo mismo que hagamos la verdadera República, haremos imposible la labor de los logreros que explotan nuestros rencores.

En tiempo del señor Caamaño, comenzaron las pequeñas negociaciones usurarias precursoras de la grande. Me refiero á los suministros de firmas que hacía su señor hermano don Carlos á

cambio del producto del diezmo en metálico que empezaba á recaudar al mismo tiempo que ponía su firma en los documentos. Combinación sencillísima por la que él otorgaba un documento por \$ 80 á tres ó más meses de plazo, la Nación le rembolsaba \$ 100 con los productos del diezmo que él comenzaba á recaudar inmediatamente. La Nación no perdía más que la prima de 20% y el descuento de 6 que ganaba el descontador de la firma de don Carlos. Ensayos de finanzas floreas fueron estos que más tarde perfeccionó la argolla, institución Floreana creada para suministrar dinero á la administración Caamaño en idénticas condiciones que para la antedicha combinación; ni tenían porque ser distintas cuando los que las imponían y los que las recibían eran los mismos personajes.

Mientras tanto la descabellada guerrilla de montoneros absorbía torrentes de sangre y de dinero. Todas las garantías desaparecieron y el incendio, el saqueo, la ruína, el cadalso político, la sospecha y la miseria, llevadas por todas partes por las tropas del Gobierno y no por las montoneras, asolaron las provincias litorales. ¿Cuántos crímenes espantosos se cometieron para sofocar ese grito insensato de libertad? Diganlo las fortunas improvisadas por los jefes y oficiales que fueron á pacificar esas provincias; digalo la honda perturbación social política y económica en Manabí y Esmeraldas. Pero á don Plácido Caamaño no le convenía cortar la revolución, su interés y el de su círculo consistía en que la cuenta de gastos extraordinarios estuviera siempre abierta sobre la caja fuerte de la Tesorería. Cuando esta se vaciaba allí estaba la Argolla para repletarla. Por bien del país don José M. P. Caamaño surcaba el campo en que don Antonio Flores sembraría el 88.

Entre las negociaciones escandalosas de esa luctuosa época, está la compra de un remolcador que con el nombre de Tungurahua vendió un sobrino del señor Flores á la Nación, lo llamó cañonera y se hizo pagar una suma tan fabulosa, que el tío don Antonio creyó de su deber probar que él, Antonio Flores Jijón, no había intervenido en tal negociado.

La bancarrota fraudulenta del Banco de Quito, patrocinada por el gobierno y socapada con las pobrezas que no con las riquezas de la Nación, es otra de las manchas negras de la funesta administración Caamaño.

El incalificable convenio con los llamados acreedores británicos, convenio por el que se daba nuevo valor á una deuda cancelada, ya por la propia confesión del titulado acreedor, ya por la fuerza de la letra espesa de una escritura pública y ley de la República, á más de ser otra de las manchas de esa administración,

fué el primer paso decisivo del floreanismo en la senda de las negociaciones con los titulados acreedores.

El contrato Kelly, monstruoso de por sí y reagrado con el fraude de los nueve millones de que la Nación se hizo responsable, fué otro eslabón de la cadena de iniquidades con que el floreanismo quería amarrarnos á los usureros de ultramar.

La absorción por el Gobierno del capital bancario de la costa, golpe mortal para el comercio de la República que se ve privado de ese elemento para sus transacciones, porque no es racional que los bancos á más de haber prestado todo su capital sigan dando su crédito, esto es, sus billetes que dejan de estar respaldados por la mala calidad del deudor de su capital, es otra de las peores manchas de esa administración corruptora, y para fin del cuadro, la candidatura oficial de don Antonio Flores sindicado por toda la Nación de interesado en la consumación de grandes negociaciones para un arreglo de la deuda inglesa.

Con tales antecedentes llegó don José M. P. Caamaño al fin de su período constitucional y debía cerrar con algo análogo su administración, así fué.

Llegado el momento de las elecciones para Presidente de la República, en todo el país estaba triunfante la candidatura oficial de don Antonio, pero en Guayaquil, donde los fraudes y tropelías se realizaron con más descaro, un corto número de intransigentes sin preparativo alguno, é instigado solo por el despecho que engendra toda arbitrariedad, se propuso sufragar por el general Alfaro. El crítico golpe no demoró.

Las calles de Guayaquil recorridas en todas direcciones por la fuerza nacional embriagada espresamente para un remedo de las dragonadas de Napoleón el pequeño; la ciudad entera sumida en pavoroso silencio solo interrumpido por las descargas de la soldadecza desenfundada; el estupor que un atentado semejante infundió en la población amenazada por el desborde; tal fué el cuadro.

He allí la llave de oro con que don José M. P. Caamaño cerraba su administración, y no podía ser de otro modo, porque para la administración que cesaba era preciso por sucesor el señor Flores y esto era preciso porque sin él, ningún ecuatoriano honrado habría propuesto al país las combinaciones económicas cuyo logro han sido son y serán la única aspiración del floreanismo y la causa determinante de tanta iniquidad.

El señor Caamaño que tan á satisfacción de su familia había administrado la hacienda de Tenguel, dominó la República ciertamente, pero carga con las maldiciones de millares de víctimas;



gastó millones en tentativas de pacificación y pasará á la historia como una mancha ensangrentada.

Tenguel había perdido un excelente administrador para que el Ecuador aumentara la lista de sus tiranuelos; pero las manifestaciones para el monstruoso negociado seguían su curso puesto que por el último convenio los derechos de los sedicentes acreedores de intereses no solo quedaba en pié, sino que aparecían aumentados con la morosidad en el servicio de la deuda; Kelly y compañía habían negociado la construcción del ferrocarril sin la más pequeña intención de cumplir, pero en la seguridad de usufructuar la renta de sales y la sección de línea comprendida entre Yaguachi y Chimbo construida con la *ignorancia finansista* del señor García Moreno y los *despilfarros y oscurantismo* de Veintemilla. La guerrilla de montoneras quedaba en pié sin que el Gobierno diera el menor paso político y racional para concluir esa calamidad, imaginándose, tal vez de buena fé, que el esterminio era el único medio disponible.

### III.

Bajo estos malos auspicios ocupó la presidencia de la República el doctor Flores; pero conviniendo al desarrollo de sus combinaciones económicas captarse voluntades, inició una política de conciliación que hizo creer á muchos que el Ecuador había encontrado al fin un mandatario conforme con la civilización y la justicia, mas muy cortos meses duró la ilusión. Un viaje de Guayaquil á Quito verificado por don Leonardo Stagg sobrino del señor Flores, comenzó á despertar la atención de la República. Este caballero jefe nato de la institución llamada argolla, formuló las primeras propuestas de conversión de la deuda en la época del señor Caamaño. Lo que había sido sospecha comenzó á convertirse en certidumbre, las propuestas del señor Stagg eran un simple brulote para medir la fuerza de la oposición, y no hay para que decir que nadie las tomó á lo serio.

Rechazadas estas con mofa por algunos y con indignación por muchos, la Nación comenzó á ver claro sobre lo que significaba la reaparición de la dinastía Flores. Conveníale á don Antonio apaciguar la indignación y aprovechó la magnífica oportunidad que le brindaba un viaje á la costa para inaugurar la estatua de don Simón Bolívar.

En Guayaquil la recepción fué estremadamente fría, llegaba don Antonio acompañado de su presunto sucesor el general Salazar, personaje á quien con muy buenos fundamentos se atribuía la futura y de cajón candidatura oficial consumadora de los pro-

yectos económicos del doctor Flores. En la ceremonia oficial de la inauguración y en los saraos y recepciones que tuvieron lugar con motivo de las fiestas, don Antonio y su presunto sucesor se guardaron mucho de hablar de la deuda inglesa. Por el contrario vituperaron acremente á la administración Caamaño; medio seguro de halagar á los boquirrubios que se estasiaban con las frasecitas redondas de los académicos; pero en cuanto á hablar ni directamente de corregir errores económicos de su antecesor y de él, ni por tentación se le ocurrió á don Antonio.

En este campo hizo su cosecha el diplomático, imaginándose que por haber ganado las voluntades de unos cuantos políticos de peluquería, la opinión de éstos iba á modificar la de los hombres serios del país que á las burbujas de la escoria que sobrenada prefieren el metal que queda en el fondo del crisol.

Muy si señor, se regresó á la Capital, convencido de que los ecuatorianos en general habían paladeado el lamedor y comenzó la importación de condes por uno llamado Swieykowski. Este personaje de malos antecedentes, no alternó en Guayaquil sino con jente de dudosa reputación, pasaba los días en el piso bajo de una fonda, departiendo chabacantemente con los de su cuerda y á estos les aseguró que tenía los contratos en los bolsillos. En las noches, tunaba en coche de plaza y en asocio de rameras de la última clase recorría los lugares más públicos.

Si él ignoraba que en este país esa conducta era mirada con desprecio, sus importadores han debido refrenarlo en gracia de la farsa que venía á representar.—Detalle gráfico—el joven Vicente (Gonzáles Bazo, empleado de la casa Stagg [puro Flores) era asiduo acompañante del tal conde y la compañía duró hasta Quito, como se verá más adelante.

Tras el supradicho farsante, vino otro de apellido Sedières portador de cartas de recomendación para la buena sociedad de Guayaquil y con la comisión de controlador del ferrocarril del Sur *por cuenta y orden* del Banco de Descuentos de París; este último, hombre muy superior á su precursor aunque de maneras demasiado bruscas, tuvo su pequeño éxito en Guayaquil, porque encontró boquirrubios que creyeron que los millones de que era portador no solo eran para la Nación sino para la Municipalidad de Guayaquil. Y hasta tuvo la frescura ó el aplomo de ofrecerlos mediante una combinación financista por la cual á cambio de un préstamo fenomenal de \$ 150,000 la Municipalidad de Guayaquil se obligaba á contratar con él exclusivamente la consolidación de una deuda veinte veces mayor. En miniatura, la misma combinación que iba á proponer á Quito para esclavizar al Ecuador, salvo los detalles que naturalmente no podían ser iguales.

A la sazón se preparaba la reunión del Congreso Nacional y voz pública era que los supradichos farsantes seguirían viaje á la Capital para presentar á las Cámaras sus proyectos redentores.

El malestar se acentuó con la opinión de la prensa interesada en el asunto, opinión que instantáneamente se uniformó en sentido favorable á pesar de que antes de la llegada de los condes, la oposición á esas negociaciones era también impura y se notó que escritores que habían *cenurado* acremente la negociación, por un movimiento eléctrico se hicieron fogosos defensores de los condes y sus proyectos; se recordó entonces que hizo hincapié en que don Antonio Flores había vituperado en sus comienzos el arreglo de la deuda [cuando era aspirante] y lo apadrinaba y lo sostenía á todo trance cuando era Gobierno.

Coincidía la llegada de los condes, con la estafa que la Compañía del Ferrocarril y Obras Públicas de Guayaquil había hecho en París empeñando por nueve millones de francos bienes propios del Ecuador que en mala hora le había entregado la Nación á dicha compañía. Este desgraciado negocio aparece también suscrito por otro sobrino de don Antonio Flores, el señor Enrique Stagg.

Si esta maquinación se hizo con conocimiento del Gobierno ecuatoriano, no es estafa, pero si un robo á la Nación, con cómplices allende y aquende los mares; pero si se hizo engañando á nuestras autoridades, estafa la llama el diccionario.

Los nueve millones, como todo lo mal habido, se los llevó el diablo y los que los suministraron en París tuvieron que mandar al Ecuador al conde Sedieres para que *controlando* á la Compañía del ferrocarril y obras públicas, hiciera luz para este negociado, luz para ellos, que lo que es para nosotros, con el simple hecho de saber quienes habían intervenido ya sabíamos bastante.

El condesito, que no era tonto, comprendió que para salvar los nueve millones de sus comitentes era preciso hacer al Gobierno solidario con el deudor y se buscó el apoyo de la prensa venal y en la buena compañía de el señor Swieykowski y el jovencito Vicente Gonzáles Bazo tomó camino de la Capital en busca de nuestros poderes conscriptos no sin dejar á los municipales de Guayaquil la gratísima oferta de algunos milloncitos.

Los gerentes de la Compañía de ferrocarril y obras públicas á quienes con la combinación Sedieres se les ofrecía la oportunidad de saldar sus deudas con la Nación y sus negociados en París, se adhirieron al condesito como el ahogado se prende de los tiburones y en verdad que no era mal tiburón el condesito ni menos que ahogados en el último trance los sustitutos de Kelly.

A poco de instalado lo que llaman el primer Congreso de la

serie del año 90, llegaron á la capital íntegros los condes, el aprendiz jovencito Gonzáles y tras ellos el apoderado de los tenedores de bonos señor George Chambers. La Compañía del ferrocarril y obras públicas no necesitaba representante autorizado, porque teniendo cómplices del otro lado de los Andes, sus intereses estaban muy bien resguardados.

En Guayaquil, la plaza militar más fuerte de la República y la fuente de la riqueza nacional, imperaba don José M<sup>a</sup> P. Camaño, ex-presidente y concuñado del actual; don Reynaldo Flores hermano del Presidente mandaba el Ejército; don Rafael Camaño hermano del uno y cuñado del otro era el Jefe de Policía; el otro su señor hermano de nombre Carlos, mandaba los bomberos y el otro cuñado jefe de la argolla, don Leonardo Stagg, timoneaba á los obedientes miembros de la judaica institución ramificada en el comercio de la plaza.

Esto es decir que todas las fuerzas vitales del país estaban en manos de la Oligarquía, la que empleando esas fuerzas en pro de sus proyectos, consiguió sin gran trabajo que toda la prensa venal de la República cambiara su opinión sustituyendola con la más servil sumisión á las órdenes que los directores de esa prensa recibían en la Comandancia General y en la Gobernación de esa Provincia.

Con tales elementos, los condes bien pudieron impunemente presentar á la representación nacional proposiciones insensatas; el país estaría sino convencido, por lo menos sometido á los dominadores. Pero tan monstruoso fué lo que esos agentes de la argolla solicitaron, que un grito de indignación unsono de las cámaras, confundió á esos judíos apoyados por los mercaderes oficiales.

Entonces empezaron los chismes y disculpas de que esto era público y lo de más allá conversación privada, las enmendaturas y los folletos del jovencito González comisionado *ad hoc* por los sobrinos del doctor Flores para hacer surgir los proyectos.

No es posible ni necesario reproducir aquí las propuestas de los condes ni las actas de las cámaras. Todos los actuales diputados conocen los detalles de ese proyecto de iniquidad, parto de la usura y de la complicidad oficial, preparada de antemano; basta recordar que los proyectos fracasaron como toda combinación de don Antonio; pero como todos los hombres por malos que seamos tenemos alguna virtud, don Antonio posee la de la constancia: no desmayó, pues, con el fiasco y *encargó*, según su decir, la elaboración de otras propuestas y para que hubiera quien las oyera convocó otro Congreso extraordinario. Mientras tanto la prensa venal se indignó por el rechazo de las propuestas usurarias y se permitió tachar de faltos de honradez á los que resistieron al pecu-

lado. Tras este segundo Congreso vino un tercero, también extraordinario convocado por el mismo don Antonio con el esclusivo objeto de llegar á un avenimiento con los condes y sus cómplices. Allí obtuvieron éxito las archimodificadas propuestas que imponían á la Nación un gravámen de 10 por ciento sobre el valor de los derechos fiscales de importación, destinado á saciar la usura de los condes. Por este convenio, quedaba ligada la conversión de la deuda á la construcción del ferrocarril de Sibambe y á la construcción de este, la cancelación de la estafa de los 9 millones, siendo punto muy principal que, tanto la suma que nos obligamos á pagar por la deuda, como el precio del ferrocarril son tan leoninos, que una de las Cámaras protestó contra el procedimiento de la que sancionó los arreglos.

Todos estos movimientos fueron inútiles. Los señores ingleses á quienes parece les habían hecho entender que la popularidad de don Antonio era inmensa y que con ella bastaba para que las pretensiones de ellos fueran reverentemente atendidas, se hicieron los estrados y rechazaron á su vez el acomodo; esto por lo que á ellos competía, que por lo que respecta al ferrocarril, cuyos contratantes dejaron mala impresión en los garitos de la Capital, no hubo medio de depositar la caución de 2 millones de francos estipulada para la perfección del contrato; ni qué hubiera sido posible tal desembolso cuando los agentes del negociado por acá, portadores de millones como se decían, carecían de una peseta para sus premiosas necesidades en la Capital.

Don Antonio se movía como un condenado haciendo cablegramas á don Clemente Ballén en París para que se realizara el salvador depósito y aún sostenía que estaba hecho; pero como obras son amores y no buenas razones, el depositario se negó á todas las insinuaciones que le hicieron para que se reconociera depositario de dos millones de francos en efectivo. Don Antonio mientras tanto se desesperaba porque el Consejo de Estado no era bastante inteligente para interpretar los cablegramas del señor Ballén en sentido favorable á sus proyectos, y aún me parece que los diccionarios funcionaron para aclarar el punto; pero resultó al fin que el depositario que, según el señor Ballén y la ley francesa había recibido dos millones de francos en depósito, se negó á decir que los había recibido. Probablemente don Clemente á esta fecha lo habrá puesto en la policía correccional.

Lo verdaderamente raro es que teniendo en perspectiva muchos millones de sures, no hayan podido conseguir dos millones de francos para consumir la farsa del depósito y sacar el jugo del negociado.

Estaba, pues, en vía de llegar el obligado fracaso inherente á

todo proyecto del doctor Flores y ya era tiempo de iniciar la campaña electoral. Si la opinión pública salía triunfante, los proyectos del doctor Flores morían irremisiblemente, porque no era posible que otro que no fuera hechura del floreanismo, consumara ese atentado; pero la oposición, esto es, la opinión honrada de los ecuatorianos independientes, que desde el principio hizo guerra á los proyectos del doctor Flores, se preparó también para la lucha. Don Antonio con un acendrado catolicismo en el interior y sus censuras públicas á la administración Caamaño en el litoral, había allegado un círculo de hombres sin opinión política definida, en su mayor parte logreros obedientes al toque de llamada: á este círculo lo llamó progresista, y con él contó para el éxito de sus proyectos. El círculo fué poco numeroso para darle el triunfo en las Cámaras; pero en los comicios, donde se disponía de más elementos se libraría la batalla decisiva. Con tal fin don Antonio por el órgano de su ministro Salazar, que era al mismo tiempo su candidato oficial, reprodujo una vieja circular por la que se intimaba á los empleados la prohibición de sufragar por otro candidato que el de las simpatías del Gobierno.

El cinismo con que se dió este paso en la última década del siglo, y la rastrea manera con que la prensa venal sostuvo la doctrina de que la coacción es legal, despertó á muchos ilusos que aún no se convencían de que el doctor Flores no se pararía en medios para conseguir un sucesor de su administración, en todo conforme con sus proyectos económicos.

Los hombres pensadores de los verdaderos partidos, viéndose agredidos por un enemigo común y que la lucha de ideas y de principios había desaparecido para hacer lugar á la defensa de la honra nacional y de la propiedad amenazada por la bancarrota á que se nos conducía; comprendiendo al fin que la política tortuosa del doctor Flores había disgregado de los dos partidos nacionales, fuerzas que engrosaban á la sazón el círculo Oligarca empresario de nuestra deshonra; y de nuestro descrédito; convencidos de que para conseguir sus fines manifiestos ya, la Oligarquía dominante haría letra muerta del sufragio popular, y seguros de que la ruina de los partidos que el doctor Flores meditaba para imperar sobre sus escombros, constituiría un verdadero é inminente peligro para la patria, convinieron en ladear los rencores de partidos, abandonar momentaneamente la labor de propaganda y constituir una salvadora fusión que contuviera los avances del floreanismo, salvara las instituciones y sacara incólume nuestra honra nacional puesta en almoneda por los mercaderes oficiales.

Un grito de rabia arrancó á los servidores de la oligarquía la

bandera de la Fusión tremolada en todos los ámbitos de la República, y comenzó la ridícula guerra de manifestaciones impresas con millares de nombres colectados por todos los medios imaginables é inventados por todos los tenientes de parroquias. No hubo villorrio, por miserable que fuera, cuyo celador no se creyera autorizado para tomar cartas en semejante farsa; los libros de los cementerios y los registros de las cárceles, los estados diarios de los cuarteles y las listas de las escuelas públicas, dieron abundante material á los cajistas de las prensas oficiales y tema para todos los editoriales de sus periódicos. Según el decir de esos políticos era delirio lo que el Ecuador sentía por el general Salazar. Esto no obstante, se emprendió seria cruzada contra la fusión sin perjuicio de decir en todos los tonos que tal entidad ni podía existir, ni existía. El primer paso en esta campaña fué procurar el desbarato de la fusión. Para el efecto hicieron que algunos liberales proclamaran la candidatura de don Clemente Ballén y algunos conservadores la de don Modesto Espinoza. Si caemos en el lazo el cisma hubiera sido un hecho; pero como el proyecto era de don Antonio Flores, fracasó. En seguida les contaron á los conservadores que contrariaban al Syllabus aceptando la alianza de los liberales, y á los liberales nos contó la prensa de la Oligarquía que éramos tráfugas de nuestros principios porque dábamos nuestros votos por un conservador; pero ni á los conservadores ni á los liberales les dijeron que el doctor Flores no era ni conservador ni liberal ni que jamás había representado idea política alguna, ni que en Quito se daba golpes de pecho en las iglesias y en Guayaquil subía á la tribuna en la plaza pública provisto del gorro frigio.

La fusión menospreció esa guerra y siguió recto á su objeto. Adoptó un candidato y lo exhibió con el apoyo de todos los ecuatorianos independientes; este candidato fué el doctor Camilo Ponce, conservador, personaje que entre otras ejecutorias, tenía la de haber levantado alta la bandera de la honra nacional haciendo fracasar los proyectos económicos del doctor Flores. Este simple hecho es la síntesis de la verdadera situación del país. Me refiero á la unanimidad de la opinión en favor del doctor Ponce, que encarnaba la ruina de los contratos apadrinados por don Antonio.

Los ecuatorianos debemos fijarnos y examinar con imparcialidad todas las faces de esta lucha del gobernante convertido en gran elector, contra los gobernados que reclaman sus derechos.

Pues aunque es verdad que el doctor Flores en todos sus programas de aspirante nos habla de su idea dominante, sobre el arreglo de la deuda, es también muy cierto que el gobernante por su sola voluntad no tiene el derecho de hacer lo que toda la opi-

nión pública rechaza. El simple hecho de la fusión está probando que gran número de asociados eran y son opuestos á esos arreglos que la voluntad del doctor Flores quiere hacer prevalecer.

Si en vez de motivar la lucha un asunto económico lo motivaran los deseos personales del mandatario de declarar la guerra á una Nación amiga, por ejemplo, ¿habría de prevalecer la opinión del mandatario, contra la del país entero que no quiere la guerra? Esta es la situación. El doctor Flores cree de buena ó de mala fé que sus proyectos le convienen al país; pero el país los ha rechazado en todo tiempo; él quiere que á todo trance prevalezca su voluntad, y esto es ni más ni menos que constituir una dictadura tanto más bochornosa para el país, cuanto que los proyectados arreglos, lejos de juzgarse por la opinión como convenientes á la nación solo se consideran como beneficiosos para los sobrinos del doctor Flores gestores del arreglo.

Visiblemente crecía el poder de la Fusión aunque á medida de ese avance la Oligarquía, multiplicaba sus esfuerzos de coacción. En el ejército las bajas de todo jefe ú oficial que no era sumiso suscriptor de las manifestaciones oligarcas. En la administración la separación de todo empleado público que manifestó la más ligera tendencia á disponer libremente de su voto. En la política, la insistencia con que la Oligarquía pretendió introducir el cisma entre los partidos sugestionando las candidaturas Espinosa y Ballén. En las conciencias con la graciosa oferta á los conservadores de Quito y de Cuenca de las penas del infierno en castigo de su unión con los liberales, y á estos el san benito del oprobio por su transfugismo al pasarse con armas y bagajes á las filas conservadoras. En la prensa la procacidad desarrollada contra todo lo que no era floeanismo y muchas otras medidas que sería largo enumerar, pero todas ineficaces porque contra el poder de la opinión sucumben las intrigas.

Llegaron los oligarcas hasta amenazar al país con una revolución de cuartel si la opinión pública salía triunfante de las urnas, amenaza ridícula por la impotencia de los que la hacían, y digo ridícula, porque si bien es cierto que ellos eran muy capaces de dar el golpe, también es ciertísimo que la opinión pública, los aplastaría arrancándoles de una en una las bayonetas.

En ese estado de excitación llegó la época de las elecciones para concejeros municipales, en las que, ambos contendientes iban á medir sus fuerzas librando una escaramuza.

Según el sistema administrativo que nos rige, los concejeros municipales nombran el personal de las mesas electorales y entre otras atribuciones al respecto, distribuyen los registros de electores, en una palabra, un personal del ayuntamiento es el árbitro de

las elecciones dichas populares. Importábale pues al gobierno que tenía un plan preconcebido, formar los ayuntamientos de la República con hombres de su devoción, para que en las siguientes elecciones que serían las de Presidente de la República, la nación tuviera un enemigo más, que al mismo tiempo fuera un fiel aliado de la Oligarquía.

Cuando un mandatario se lanza por la pendiente fatal de las arbitrariedades, las primeras engendran las siguientes y llega un punto en que no lo detienen las más sagradas consideraciones. A este punto fatal había llegado el doctor Flores. Necesitaba á todo trance que los concejos municipales quedaran compuestos por hombres acomodaticios que llegado el día de las elecciones para Presidente de la República se prestaran á sancionar cualquier tropelia que los esbirros cometieran para sacar triunfante la candidatura oficial, indispensable para la consumación de los contratos.

Los cablegramas entre los secretarios de Estado y el señor Ballén en París, se multiplicaban para conseguir un texto de cablegrama á propósito para engañar á los consejeros de Estado, y tan á mayores pasaron las pretensiones del Presidente Flores, que hubo ministro que dejó la cartera para no acceder. Mientras tanto el tiempo pasaba y la farsa se hacia tangible y los días de elecciones de concejos municipales se acercaban, justamente cuando la opinión había hecho palpable á los ecuatorianos la monstruosa farsa del ferrocarril d'Oksza y don Antonio y su círculo estaban en berlina, ó como quien dice con la camisa levantada.

Se acentuó la farsa con la renuncia del ministro Salazar, cuya candidatura oficial preparó él mismo antes de dejar el ministerio. Trasladóse al litoral, según su decir, á arreglos de familia, muletilla con que tratan de cubrirse las intrigas, pero esta vez la muletilla no era del todo impropia, don Francisco Javier venía á arreglar los negocios de la familia Flores bastante comprometidos por la actitud de la nación.

No era don Francisco ni con mucho un soldado de fortuna. O yo no conozco la historia del país, ó don Francisco no llevó jamás triunfante la bandera nacional á las fronteras.....

En nuestros disturbios internos, tomó parte y en ellos ganó acensos merecidos según el criterio del que se los dió, como es costumbre establecida en nuestras republiquetas.

Como publicista ó escritor, en su oficio profesión ó carrera, tiene la fama que le han dado dos ó tres diarios locales, fama que es costumbre en ellos darla á quien la pide.

Las naciones extranjeras, conocen una crítica de las batallas de San Juan y Miraflores.

No puedo juzgarla porque ni soy militar ni literato, ni conoz-

co la localidad en que se verificaron esos combates. A los vencidos les he oído decir, que es una baja adulación á los vencedores y estos acusaron recibo del folleto.

Como literato, francamente, que la primera vez que oí un discurso leído en la plaza de la Catedral de Guayaquil, tuve que dejar un encargo que oyerá el final para poder saber qué idea había querido desarrollar: debo consignar que no ví más á mi comisionado porque por todo informe me mandó un cartel de desafío que por supuesto no acepté por ser tan baladí la ofensa.

Pero como diplomático, ya son otros cantares.

Los rencores políticos engendran la necesidad de utilizar medianías porque los hombres de verdaderos méritos no son acomodaticios á todas las situaciones: socorrido desahogo para premiar complacencias son las misiones diplomáticas en el exterior. Lo que pasa hoy por ejemplo: sé de un joven que militaba entre las filas del más exajerado radicalismo, hostigado por la necesidad y falta de firmeza en ideas vendió su pluma por un miserable salario mensual. Concluida la lucha electoral, solicitó un consulado en un puerto importante del Sur, que es probable se le niegue pero no extraño que se le de alguno de menos importancia, una piltrafa para evitar que muerda la mano que ha pagado sus complacencias. He allí un diplomático en carrera. Lo propio sucedió en las mocedades de don Francisco Javier, con la circunstancia favorable á él, de que á un grado militar uniese la burla de doctor en jurisprudencia, circunstancia valiosísima para el que necesitaba medianías sino vulgaridades. No hay para que consignar hechos en que tomó parte el doctor Salazar, porque sería ponerme á contradecir las pomposas biografías escritas á tanto la línea, biografías con las que se ha pretendido hacer del general Salazar un hombre de reputación siquiera americana.

No sé que el país le deba nada sobresaliente en ciencias, milicia, diplomacia ni honra nacional. En las postrimerías de su vida, se prestó á ser candidato oficial, en una lucha en que no se ventilaba un principio político, sino una cuestión de libras esterlinas.

Malísimo remate, como se comprende, para una vida tan llena de merecimientos y aptitudes, según el cursi decir de sus biógrafos.

Trasladóse, pues, á la costa el candidato oficial con el objeto de hacer arreglos de familia, se entiende que con don José María P. Caamaño y don Reinaldo Flores. Pero en el Guayas y Provincias del tránsito, se encontró con que la opinión era mucha cosa y para final, después de pocos días de llegado, se murió. Entonces se complicaron los arreglos de familia, y se hizo preciso reemplazar al candidato oficial difunto, con otro candidato oficial sin al-

R  
ten

terar al programa de la Oligarquía. Pocos momentos bastaron para que toda la República se pusiera de acuerdo, ¡¡ tenemos tanta abundancia de notabilidades!! un telegrama de Guayaquil á Cuenca y dos idem á Quito, dotaron al Ecuador de otro candidato oficial.

Esto fué un verdadero contratiempo, porque habiendo dicho que el difunto era el solo ecuatoriano capaz & & & &, hubo que repetir la letanía para el reemplazo y recomenzar las listas de suscriptores, ímproba tarea porque ya las oficinas tipográficas habían distribuido la composición; pero no hubo remedio, era preciso y se hizo.

Mientras tanto los días de elecciones se acercaban y la República vió invadidas las mesas de inscripción preventiva, por los militares, guardias nacionales y empleados públicos que iban de mesa en mesa inscribiendo sus nombres y los de los difuntos, y al día siguiente volvían los mismos inscriptores y repetían las inscripciones de sus nombres y los de los difuntos. En una palabra, la masa de seis mil personas que constituyen los usufructuarios del tesoro nacional, se multiplicó, produciendo cuarenta mil electores. Las intenciones de la Oligarquía eran, pues, evidentes, rodearían las mesas electorales con una masa de paniaguados que no diera tiempo ni oportunidad al pueblo para sufragar; el plan era grosero pero seguro.

Llegó el primer día de elecciones y el pueblo entusiasmado, por los órganos de la fusión, acudió á su puesto y rechazó con energía á los usurpadores; pero el gobierno para quien las elecciones de concejeros municipales no debían importarle nada si procediera con lealtad, había organizado con los miembros de los clubs unas cuantas cuadrillas de descamisados, que diariamente recibían su estipendio por gritar ¡viva Cordero! é impedir llegado el caso, que el pueblo sufragara. En todos los pueblos de la República donde de algún modo se manifestó la oposición, las turbas pagadas por el gobierno hirieron y rechazaron al pueblo de las mesas. Con todo, el pueblo en algunas partes como en Guayaquil y Tulcán, repelió la fuerza con la fuerza el primer día, y sacó triunfante su candidatura. Comprendió el gobierno que si al pueblo solo oponía los descamisados, la opinión vencía y por consecuencia los ayuntamientos serían compuestos por la oposición, y por ende que la elección presidencial se perdería y por remate del desastre los contratos fracasaban; comprendió todo esto y echó por la calle del medio.

El segundo día de las elecciones, tan pronto como un elector reclamó de una tropelía, salieron los batallones de sus cuarteles, bayoneta calada y fuego á discreción y muerto por acá y bayonetazo

por allá, las mesas quedaron de exclusivo dominio de los electores de casaca de dril, capote de bayeta y garrote al puño. Las ilustrísimas municipalidades de la República, sancionaron lo hecho; los ofendidos protestaron; don Antonio hizo escribir una contra protesta, para la que solicitó firmas hasta el señor Caamaño, y para concluir el acto hizo que los culpables tomaran una información que los justificara.

Este fué el suceso en globo; los detalles son demasiado repugnantes y hago gracia de ellos, porque francamente, tan convencido de lo mal llevado de la farsa está don Antonio Flores como don Luis Cordero á quien se vivaba con motivo de las elecciones para concejeros municipales.

Sin embargo, la prensa venal dijo que la opinión pública había salido triunfante, negó todas las tropelías, ó mejor dicho dijo que las había cometido el pueblo y que si salió la tropa, fué á contener el desborde de los fusionistas; eso dijeron los miserables, que aplaudían la prostitución del sufragio porque esa prostitución abría el camino á la realización de los contratos.

Dos meses debían transcurrir entre esa elección y la de presidente de la República, lapso de tiempo que los contentientes aprovecharon para organizar sus filas un tanto clareadas por los desengaños y por el escepticismo político que genera un atentado como el que acababa de cometerse. La Oligarquía decía que su primer triunfo era signo seguro de la victoria decisiva. La fusión contaba con la indignación que en toda la República había levantado este crimen de lesa Patria, y los que vivimos alejados de la política y que vemos las cosas con más serenidad, juzgamos que quien había dado un paso como la escandalosa anulación del sufragio popular sustituyéndolo con el voto de los cuarteles, no podía haber procedido sino con un fin de tan grande importancia que atropellaría por todo para conseguirlo; y tanto más se acentuaba en mí este convencimiento, cuanto que conocía la magnitud de la negociación perseguida por el doctor Flores desde el año 72 y lo había seguido con una tenacidad solo comparable á la constancia de don Antonio para salirse con la suya.

La fusión que indudablemente representaba á los verdaderos partidos políticos del país, estaba en lo justo al sentir holladas las garantías de los ecuatorianos y por ello había lanzado una protesta. El Ejecutivo procedió de acuerdo con la política personal de su encargado, excitando á los culpables que eran sus agentes á forjar la dicha contra protesta y aún faltando completamente á la delicadeza, haciendo forjar una información á los mismos que la protesta acusaba de culpables. Esto era el cinismo reagrandando la farsa, y no se quedó en esto D. Antonio, sino que agregó más com

bustible á la hoguera de las pasiones que él había excitado, con sus manejos; y á ciencia cierta de que hacía un disparate más, lanzó una proclama incendiaria, tanto por su forma como en el fondo; pero que arrancaba voluntariamente la careta de su autor y lo exhibía, ó mejor dicho, se exhibía el mismo como el jefe del bando, que luchaba contra el pueblo.

¿Qué es, qué puede ser un Presidente de la República, que carece hasta de la *sindéresis* indispensable para perjeñar cuatros renglones?

Invocaba el orden y se ponía á la cabeza de turbas de descamisados y malhechores.

Negaba su participación en los negociados y se retorció diciendo á París un cablegrama salvador.

Se llamaba independiente y capitaneaba un bando.

Pedía cordura y lanzaba los batallones contra el pueblo.

Invocaba á Dios y perjuraba sus promesas; brindaba libertades y pedía facultades extraordinarias. Era esa la proclama que unos cuantos bausanos aplaudieron porque significaba el maná que venía de lo alto.

Epoca vergonzosa en la que se hundieron centenares de reputaciones pero que hizo mucho en la obra de depuración de los partidos.

No puedo prolongar más la situación de los detalles de esta faz de la negociación y tengo que pasar á la elección de Presidente de la República, que también tuvo su prólogo político económico.

En los primeros días de enero debían de verificarse las elecciones, y el año se inauguró con paseos nocturnos de las bandas de descamisados que, con el nombre de clubs políticos, alarmaban las ciudades. El escandaloso peculado instigador de la constante orgía de esas turbas, si en la provincia del Guayas era sostenido con largueza, en las demás provincias produjo serios atrenzos para los gobernadores. Apuros fueron estos que se salvaron con una circular autorizando *los gastos de imprenta*, que fueran necesarios, gastos á los que debían coadyuvar las municipalidades.

Por otra parte, dejamos á los ingleses que se hacían los estirados para aceptar la ley de agosto de 1890 porque aún les parecía que podían sacarnos más ventajas dominados como nos suponían por el inmenso prestigio de don Antonio. Este que en la realización de los contratos veía una arma triunfadora y que perdida la elección por su parte, los contratos y todos sus trabajos pasarían al panteón de la historia, tuvo que confesar á los ingleses que el negociado estaba tomando mal aspecto y encargarles que se dejaran de melindres, sino querían perder la sogá tras la cabra.

Los ingleses que en materia de libras esterlinas no se duermen, comprendieron la importancia del consejo de D. Antonio y tuvieron otro *meeting* para oír las propuestas que el señor d'Oksza les hacía. Eran estas que sobre lo que la Nación ecuatoriana les había ofrecido ya; él que ama mucho al Ecuador á quien quería beneficiar con un ferrocarril que será su ruina, [no del Ecuador sino la de d'Oksza] quería sin embargo, obsequiar á los tenedores de bonos una gruesa suma de su peculio con tal de que hicieran el sacrificio de aceptar las propuestas, ó lo que es lo mismo, la ley de agosto del 90. Por la graciosa oferta de d'Oksza, cada tenedor de un bono ecuatoriano, entraba á ser accionista del ferrocarril del Ecuador.

El tiempo apremiaba y los señores ingleses se dejaron de remilgos y aceptaron el duro sacrificio de recibir la ley dictada por el deudor, como con tan elegante donaire dijo un periodista del Guayas.

Iba, pues, al fin á madurar algún proyecto de don Antonio, pero es la desgracia que el ofrecedor de millones de libras á nuestros acreedores no puede aún conseguir dos millones de francos para perfeccionar su farsa-contrato muelle-ferrocarrilero.

En medio de tales angustias llegó el día de las inscripciones de ley, preventivas para las elecciones: dos meses antes la República entera había visto las dichas mesas, durante ocho días consecutivos, literalmente rodeadas por los militares; no se había verificado el menor movimiento de tropas y sin embargo, resultó que fueron precisos todos los días que la ley señala para que los señores militares se inscribieran con otros nombres; con la particularidad de que llegado el último momento del último día, los alrededores de las mesas estaban completamente invadidos por los señores militares que no habían tenido oportunidad de inscribirse por vigésima vez. En cuanto á que el pueblo disfrutara de esa ganga no había ni para qué imaginarlo. El personal de las mesas elegido por los ayuntamientos elegidos en la anterior elección era competente para el caso; la farsa estaba mal urdida pero el golpe á la libertad del sufragio iba derecho al corazón de la República. En vista de esa monstruosidad nadie dudó de que llegado el momento de la elección, las mesas estarían invadidas por las tropas.

Así fué, á las diez de la mañana, es decir, una hora antes de la instalación de las mesas, gruesas patrullas de policía, so capa del sostenimiento del orden recorrían las poblaciones, otras patrullas del mismo cuerpo, y armadas estaban fijas á veinte metros de las mesas y todo el ejército nacional formado por compañías y con sus capitanes á la cabeza, ocupaba los alrededores. Sonada la ho-

ra, esas compañías avanzaron, rodearon las mesas é hicieron la elección apoderandose de las ánforas. Solo en Guayaquil obtuvo el candidato oficial 7,000 sufragios y 3,000 la oposición ¿Cómo se hizo el milagro de que Guayaquil diera 10,000 votos? cosa es que me dejó convertido: hasta entonces dudaba de los cinco panecillos de Jesús; pero desde el mes de enero, he dejado de ser incrédulo. Parroquia hubo, en la que se sufragó durante trescientos minutos y que produjo más de mil votos y ¡oh poder de la opinión! canónicos por el doctor Cordero.

Repetidas ocasiones los ciudadanos se acercaron á las mesas en demanda del ejercicio de su derecho y, con muy contadas excepciones, el insulto, la amenaza y el atropello mismo, fueron la respuesta que las turbas embriagadas y con el apoyo de las bayonetas, dieron á la justa solicitud de los ciudadanos. El personal de las mesas, nombrado de acuerdo con las miras ulteriores de la Oligarquía, fué el cómplice en este grave atentado. Aparte del mal inmediato que para las instituciones se deriva de un crimen como este, cometido precisamente por quienes más obligados están á respetar las leyes, los ciudadanos adquieren el convencimiento de que la Constitución y las leyes son una pura farsa; desprecian con justísimas razones la institución del sufragio y se convence de que las elecciones no son la expresión de la voluntad popular sino la imposición de las bayonetas, y lo que es más grave, dejan de buscar en el campo de la legalidad el triunfo de sus ideales, puesto que habrá llegado el momento del imperio de la fuerza sobre el derecho.

Por desgracia, tales consideraciones no podían obrar en el ánimo de quienes lanzaron á los servidores de la Nación contra los ciudadanos, y digo que no pudieron detenerse en tales consideraciones, porque su fin no era el efímero triunfo de una personalidad que no serviría sino como medio, puesto que su verdadero fin era cimentar un poder bastante grande para imponer al país la consumación de los proyectos económicos que la administración Flores no había podido realizar por la oposición que le hicieron los hombres independientes de los dos partidos políticos.

Las escenas de sangre de marzo de 88 y noviembre de 91, se repitieron y toda la gente de orden, si no individualmente por sí, por las familias tuvo que dejar el campo á la crápula que recorría las poblaciones, crápula ensoberbecida por el triunfo alcanzado con la prostitución del sufragio.

Los tres últimos días de elecciones fueron la orgía del cinismo. En las inmediaciones de las mesas y aún á larga distancia no se veía otra cosa que compañías formadas que esperaban un cuarto ó quinto turno diario para sufragar.

La gente honrada tuvo que ocultar la cara para evitar sonrisas de desprecio de parte de los extranjeros que presenciaban el desborde del cinismo consumado por las autoridades de la República y por el uniforme del ejército nacional.

En tales condiciones llegó el último día de elecciones.

La escena había cambiado por completo: cada vez que los escrutadores leían en las cédulas el respetable nombre del doctor Cordero. Ellos mismos, los que perpetraban el delito, lanzaban una carcajada de triunfo: el triunfo del cinismo sobre la legalidad. Detalle gráfico: las turbas de descamisados que habían dado el triunfo al doctor Cordero recorrieron las poblaciones y las ciudades cultas, gritando ¡viva la Argolla, viva la Oligarquía! creían que esos eran los nombres de pila de sus jefes.

Esta vez la nación no protestó por cierto, porque don Antonio hubiera hecho escribir otra contra-protesta, que la habieran firmado todos los soldados, escolares, empleados y difuntos, socorrida manera de enseñar á las *naciones extranjeras* las dimensiones de la popularidad de don Antonio. Pero la afrenta alcanzó una verdadera explosión de indignación en toda la República, y la opinión de todo el que en algo estima la dignidad nacional, pisoteada por el círculo del doctor Flores; la de todo el que cree que algo significa para la estabilidad de la República la pureza del sufragio; la de todo ecuatoriano que en los manejos del doctor Flores está viendo un fin siniestro, para cuya consecución no sólo hará derramar sangre como 1888, 1891 y 1892, sino que irá hasta el empleo de medios en armonía con la enorme criminalidad de sus proyectos; la opinión de todos los ecuatorianos que no han vendido su dignidad al oro de las arcas fiscales dilapidado con ese objeto, esa opinión formulada por la prensa independiente, que las elecciones para Presidente de la República, verificadas del 10 al 13 de enero de 1892, fueron nulas, porque no eran la expresión de la voluntad popular, sino la orden de don Antonio Flores transmitida á los Gobernadores de Provincia y ejecutada por el ejército nacional; esto es, porque en vez de elecciones populares se había verificado un motín de cuartel, reagravado con la oposición y rechazo al pueblo para que no ejerciera su derecho; circunstancia que da á este delito de lesa Constitución el carácter de golpe de Estado.

Me resta probar la terrible exactitud de esta aseveración.

Unidos los ecuatorianos por un pacto social llamado Constitución de la República, convenimos en establecer nuestros derechos é imponernos nuestros deberes. Para este fin primordial del pacto social, señalamos á cada uno las atribuciones y las restricciones convenientes é indispensables á la forma de gobierno que aceptamos, y fundamento de ese pacto social, fué el sufragio libre,



sin el cual no existe prácticamente la forma de gobierno llamada República.

En virtud de ese derecho, los ecuatorianos quisimos elegir Presidente de la República para que sucediera al doctor Flores, y quisimos elegir á una persona que no fuera continuadora de su política, porque estamos convencidos de que esa política es ruinoso para el país, económicamente, y deshonrosa en la parte administrativa, porque él meditaba consumir negociaciones que juzgábamos perjudiciales al país, y había entregado toda la suma del poder público, á su familia que nos depotizaba. Juzgamos también que esta última medida fué empleada deliberadamente, para que su familia en posesión de todas las fuerzas vitales del país, pudiera imponernos su voluntad. Por estas dos poderosas razones quisimos elegir un mandatario opuesto á esa política; pero el doctor Flores, á quien naturalmente convenía que su familia no se separara del poder nombró de acuerdo con ella un candidato oficial, y dispuso que el ejército y los empleados sufragaran por su canditado; hizo separar de sus puestos á los empleados que desobedecieron la orden, hizo sostener por parte de la prensa una campaña de calumnias y de descrédito, contra los ecuatorianos honorables, y llegado el día de las elecciones hizo que el ejército nacional se apoderara de las mesas y verificara las elecciones, sustituyendo así el sufragio popular, base de toda la República, con el voto obligado del ejército, voto que multiplicó en la proporción necesaria para obtener mayor número de sufragios que el candidato popular. Por tanto, el doctor Flores se separó de la Constitución violando el pacto que lo ligaba á los ecuatorianos, nada menos que en la base más indispensable para la vida republicana. El resultado de la elección no fué de consiguiente, acorde con la libertad electoral, que garantiza la Constitución, sino que fué el cumplimiento de una orden dada por las autoridades, que ejecutó el ejército revistiendo al hecho con el carácter de motín de cuartel. Pero como los cuarteles ni procedieron en verdad por su propia inspiración sino con orden del gobierno, firmada con la tantas veces citada circular y era con el objeto de que la familia dominante quedara gobernando el país, es clarísimo que el acontecimiento revista el carácter de golpe de Estado.

IV.

He seguido paso á paso los antecedentes y el desarrollo de estos graves acontecimientos que tan hondamente han perturbado la marcha del país.

fo  
a

Desde el año 72 en el que el señor Flores se propuso los malhadados arreglos de la deuda inglesa, he seguido con tenacidad sus gestiones. No he vivido jamás de la política, ni la Nación ha sufragado nunca mi sustento ni el de mi familia; por el contrario he vivido alejado de los hombres que se ocupan en la cosa pública; pero la cuestión económica me ha preocupado siempre y desde que adquirí el convencimiento de que el doctor Flores quería á todo trance consumir negociaciones en el sentido de satisfacer la avaricia de algunos, sin consideraciones de ninguna clase al estado económico y político de mi patria, me propuse seguirlo paso á paso.

En repetidas ocasiones y en varios periódicos he insinuado al doctor Flores la conveniencia para su honra de apartarse de ese camino; él lejos de aceptar el consejo ha perdido su tiempo en inquirir mi nombre y en prodigarme insultos. No sabe ni puede saber quien soy: todas las suposiciones que se han hecho por mis últimos artículos suscritos como este cuaderno, son antojadizas, pueden perseguir á cualquiera, lo que me será muy sensible; pero la misión que me he impuesto se cumplirá.

El doctor Flores conseguirá la sanción de sus contratos; pero la causa del trastorno político quedará latente y el gran proceso que la historia ha abierto para su nombre, tendrá la carátula —PECULADO.—

Me resta detallar las consecuencias de los manejos puestos en juego para obtener el triunfo de la candidatura oficial del doctor Cordero.

La circular que el ministro del doctor Flores pasó á los Gobernadores de Provincia restringiendo la libertad electoral de los empleados, es la piedra del escándalo que ha corrompido las conciencias de los que por conservar un puesto en el ejército, la armada ó la administración, han prostituido su libre albedrío. Tenemos, pues, un ejército, una armada y un cuerpo administrativo á quienes basta una orden superior para doblar la cerviz al yugo del mayoral, para arar y cosechar en el campo de las libertades públicas de sus conciudadanos; mal inmediato este, aunque pequeño si lo comparo con las calamidades públicas que sobrevendrán al país si los proyectos del doctor Flores son consumados por el doctor Cordero.

El Ecuador empobrecido como está por los derroches de las dos administraciones pasadas, está también en vísperas de empezar á soportar para satisfacer la avaricia de nuestros acreedores un monstruoso recargo de 10 por ciento sobre los derechos de

se  
m  
Ro  
ateme

importación. Por poca ilustración que se suponga en quienes se ocupan en la administración económica de un país, es de esperarse que cuando se trata de un gravámen nuevo se estudien las fuerzas con que el país cuenta para corresponder á la solicitud del imponente; pero en el Ecuador no, nuestros financistas han creído que gravar con medio millón de pesos anuales á un comercio empobrecido, en un país cuyas rentas alcanzan á cuatro millones, es cosa muy hacendera sobre todo cuando cuatro mil bayonetas apoyan el impuesto. El resultado no se está haciendo esperar; aún no rige la nueva gabela y ya tenemos las bancarrotas parciales á la orden del día; no pasa mes y tal vez semana sin que algún pequeño comerciante suspenda sus jiros y clausure sus negocios por supuesto, sin pagar á sus acreedores.

Los exorbitantes dispendios de las administraciones anteriores, y los gastos electorales han obligado al Gobierno á extraer de los Bancos en calidad de préstamo todo el capital de esas instituciones. Obvio es demostrar lo peligroso de esa medida cuya primera consecuencia ha sido la paralización de las transacciones con el público.

El señor Flores ha tenido la fingida candorosidad de proponer la fundación de Bancos Nacionales, ó lo que es lo mismo la emisión de papel de curso forzoso.

Este papel como se comprende facilmente no tiene más respaldo que la responsabilidad de un deudor que lejos de pagar sus deudas las aumenta diariamente. Talvez el señor Flores piensa en la posibilidad de pagar á los Bancos con bonos del tesoro. En esta situación económica encontrará el doctor Cordero al Ecuador y tendrá que optar entre las economías bien estudiadas, para lo que le será forzoso deshacerse del círculo que lo ha elevado, á la bancarrota oficial, porque el país no podrá pagar los compromisos que la Oligarquía ha contraído en nombre de la Patria.

Si lo que no es creible, el doctor Cordero se deshace de la Oligarquía, todo el elemento sano del país lo apoyará porque el objeto de la fusión no fué otro que libertar al país de sus explotadores; pero la lógica nos está golpeando para hacernos entender que por mucha fuerza de voluntad y mucho talento que tuviera el doctor Cordero, no podría romper los lazos con que voluntariamente se ligó á la Oligarquía, y entonces al país le espera la consumación de la obra del doctor Flores, obra que no es el predominio de una idea política que ni él ni nadie de su círculo ha manifestado siquiera; pero que impide al mismo tiempo que la

fortuna personal de la parentela de don Antonio la bancarrota oficial.

Para vergüenza de mi patria, la historia de los tres infaustos períodos comprendidos entre 1883 y 1896, cuyos detalles á vuela pluma pueden apreciar mis contemporáneos y testificar la exactitud de mi relato, se condensa en estas fatídicas palabras

ASESINATO—PECULADO Y BANCARROTA.

NOTA.—La premura del tiempo que temo sea corto para la impresión en el exterior de estas cuartillas, me priva de reproducir las cartas cruzadas entre el doctor Caamaño y el señor Landázuri. ¡La circular liberticida, la proclama incendiaria y disparatada del doctor Flores!—La carta falsa del doctor Arizaga á don Reinaldo Flores.—La circular del doctor Ula-dislao Avilés á los celadores de recinto; los cablegramas de don Clemente Ballén; los programas de don Antonio; los contratos leoninos formados por los sobrinos del doctor Flores; y cien otros documentos de pública notoriedad que obran en el gran proceso que ha llevado á la conciencia nacional el convencimiento de que el antecedente de este acontecimiento fué la avaricia con sus medios de acción; la Oligarquía y su consecuencia, la bancarrota oficial.



...presencialida  
...bia de acarrearle la pé  
...ctor, y que esta caída neces  
...o gravísima y, en cierto modo  
...ofensa hecha por la libertad hu  
...o que encerraba lo que, laborio  
...nuestra percepción,—resolvió n  
...flaca criatura humana, mediant  
...te pudiese satisfacer a la justicia  
...esa favorecida criatura con extra  
...humano—divino, fortalecer co

o por el autor, este capítulo que en 190  
y, que corresponde a su libro inédito—  
cese también lo que entonces declaró:—  
su más absoluta sumisión a las decisio  
a, Romana, en materia en que aún la pie  
cientemente, incurrir en errores teológicos.

paldo que la rep...  
deudas las aumenta diariam...  
en la posibilidad de pagar á lo...  
En esta situación económica en  
Ecuador y tendrá que optar entre lo...  
para lo que le será forzoso deshacerse...  
á la bancarrota oficial, porque el pa...  
misos que la Oligarquía ha contra...

Si lo que no es creible, el de...  
Oligarquía, todo el elemento sano...  
objeto de la fusión no fué otro que...  
tadores; pero la lógica nos está golpe...  
der que por mucha fuerza de voluntad...  
el doctor Cordero, no podría romper lo...  
mente se ligó á la Oligarquía, y en...  
consumación de la obra del doctor Flo...  
dominio de una idea política que r... él...  
manifestado siquiera; pero que imp... a

## Jesucristo, Primogénito de la creación (\*)

---

Dios, al determinar en la creación del hombre un acto de su bondad sin límites, mediante el sér que iba a comunicarle; al ver, como dice Santo Tomás, *en su presencialidad* infinita que el abuso de la libertad había de acarrearle la pérdida de su amistad con el Hacedor, y que esta caída necesitaría reparación condigna, como gravísima y, en cierto modo, infinita fue la malicia de la ofensa hecha por la libertad humana,—en un acto simplicísimo que encerraba lo que, laboriosamente y en grados, llega a nuestra percepción,—resolvió no sólo reparar esa caída de la flaca criatura humana, mediante un holocausto que dignamente pudiese satisfacer a la justicia, sino también comunicarse a esa favorecida criatura con extraordinario e inefable vínculo humano—divino, fortalecer con

---

(\*) Al reproducir, refundido por el autor, este capítulo que en 1902 publicó en *La Unión Literaria* y, que corresponde a su libro inédito *Jesucristo y la belleza*; reproducese también lo que entonces declaró:—“El autor, rinde, desde luego, su más absoluta sumisión a las decisiones de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, en materia en que aun la piedad del intento puede, inconscientemente, incurrir en errores teológicos,

vigor sobrenatural esa voluntad enferma de pecado, restablecer por una gracia inefable la armonía primitiva del orden moral en el alma y en las relaciones del alma, abriendo, ensanchando a la libertad humana maravillosas vías de acción y perfeccionamiento,—y hasta santificar el templo de la creación, profanado por el hombre, devolver a la creación la propia economía con que fué prevista antes de que saliese de la nada, y, hacerle hablar, hacerla resplandecer con luces misteriosas reveladoras de Dios en el alma de los justos (1).

Por el Verbo fueron hechas todas las cosas; de modo que nada fué hecho sin Él, plenitud de Vida (2). La plenitud, el poder, el amor de la vida del Verbo humanado se manifestaron para la gloria de Dios y santificación de las criaturas, con la economía que plugo a la Sabiduría Divina.

Tales como fueron vistas en la mente divina, correspondían a una armonía con el rey de la creación, con el hombre. Ninguna de las criaturas visibles, desde los astros hasta los más diminutos seres cuya existencia escapa a nuestra observación, deja de estar ligada a esa finalidad del hombre

(1) "Las cosas de Él (Dios) invisibles se ven después de la creación del mundo, considerándolas por las obras criadas: aun su virtud eterna y su divinidad: de modo que son inexcusables.

"Pues aunque conocieron a Dios no le glorificaron como a Dios o dieron gracias, antes se desvanecieron en sus pensamientos y se oscureció su corazón insensato"—San Pablo. *A los Romanos*, cap. I, 20 21.

"Cuando creció el pecado, sobrepujó la gracia.

"Para que, como reinó el pecado para muerte, así también reine la gracia por justicia para vida eterna por Jesucristo Nuestro Señor"—S. Pablo, *ibid.*, cap. V, 20, 21.

"Y así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo."—*Id.* 1ª *Corint.*, cap. XV, 22.

"Fué hecho el primer Adán en alma viviente: el postrer Adán en espíritu vivificante."—*Id.*, cap. XV, 45.

"Por lo cual, así como trajimos la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial."—*Id.* 49.

(2) Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin Él.—En Él estaba la vida.—S. Juan, I, 3, 4.

por relaciones de dependencia, de servicio, de gozo. Cuanto había de existir en la tierra no tenía razón de existencia sino en relación con el hombre y del hombre con Dios.

Pero el hombre, para cuyo favor y servicio apuraba, digámoslo así, la divina omnipotencia su fuerza creadora, el hombre que había de ser creado tal cual fué—inteligencia, libertad, cuerpo—, el hombre previsto para rey del imperio universal de lo criado, no era tampoco, por sí, la finalidad última de la presciencia divina.

Esa presciencia adorable que veía al hombre favorecido, al hombre exaltado en la creación, al hombre que, abusador de la libertad, cerraría él mismo por ese abuso las puertas de su reinado último, el del goce beatífico de Dios en una vida eterna, goce al que le destinara por un acto de su bondad; al hombre que, sin un nuevo beneficio divino, habría sido el sér más desgraciado con aspiraciones infinitas y sin posibilidad de fuente para saciarlas, preso en la vida encenagada por el pecado;—esa presciencia adorable, paternal, infinita, inagotable en ternura, viéndolo así determinó también salvarlo de tal miseria. Habló el Eterno la palabra de vida, de redención, y la víctima del holocausto apareció en el consejo de la Trinidad Santísima, viniendo desde el amor a su complemento,—el sacrificio.

Apenas podemos concebir, pobres limitadas inteligencias, la viveza de la instantánea, súbita, esplendorosa visión divina con que resplandecía en el Verbo todo sér en relación con el hombre y el hombre en relación con Dios. Todo ese torrente, todo ese como torbellino de seres, incluso el hombre mismo, no eran sino como polvillos revolantes en un rayo de luz, en el Verbo Divino, pero en el Verbo Divino sensibilizado también, en el Verbo hecho carne: correlación inefable que no era dado comprender sino a Dios (1) y que más tarde no harían

(1) Y la luz en las tinieblas resplandece; mas las tinieblas no la comprendieron.—S. Juan, *ibid.* 5.—"Porque Dios que dijo que de las tinieblas resplandeciese la luz, Él mismo resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo."—San Pablo, 2ª a los *Corint.*, cap. IV, 6.

sino adivinar devotas las almas visitadas por su Espíritu.

Esa relación de la naturaleza al hombre, del hombre a Dios, estaría incompleta, sería en cierto modo ineficaz, si no se interpusiera entre el hombre y Dios un sér que fuese tan digno de Él que pudiera por su interposición magnificar la ofrenda humana, y tan bondadoso que se encargara de ser el intermediario del hombre. San Pablo, con esa precisión característica suya, con que da la brevedad y exactitud de una fórmula a las más altas cuestiones de la teología, dice, dirigiéndose a todos los hombres, al dirigirse a los Corintios (1ª, III, 22, 23): “Todo es vuestro; y vosotros sois de Cristo; y Cristo de Dios.”

Y en el cap. VIII, v. 6, de la misma Epístola: “Para nosotros es sólo un Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en Él; y sólo un Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por Él.”

Esa manera de sensibilizarse el Verbo Divino era la Encarnación. Como el hombre, a poder de los sentidos y de su flaca naturaleza, no podría tener su espíritu elevado en éxtasis de adoración a lo suprasensible; como el hombre, después de su caída tenía que recuperar con esfuerzo de su libertad lo que con abuso de ella perdió; como el cielo, en fin, no podía conquistarse sino con violencia (1);—he aquí cómo el holocausto, ofrecido a la soberana majestad de Dios, tenía que reunir en sí los caracteres de apreciación a los sentidos del hombre, de ejemplar, de modelo, como notas sensibles, aparte de lo más excelente y esencial como era la excelsitud misma del holocausto.

Como Hombre había de rendir ante Dios la adoración, la súplica y luego el sacrificio de Sí mismo; como Dios, había de dignificar, santificar los actos preciosos de su Santísima Humanidad. Por esto San Pablo dice (*Timot.* 1ª, II, 5):—“Uno es Dios, y úno el Medianero entre Dios y entre los hombres, Jesucristo Hombre.” Todo esto, mediante la encarnación

(1) Math. XI, 12.

del Verbo, gran sacramento, del que dice el mismo Santo: “Y es grande a todas luces el sacramento de la piedad, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de los ángeles, ha sido predicado a los gentiles, ha sido creído en el mundo, ha sido recibido en la gloria.”—(Id. cap. III, 16.)

“Ha sido visto de los Angeles.” ¿Algunos Angeles fieles gozarían tal vez, como premio, la primera anticipada visión de lo que sería el Verbo encarnado, en su figura humana? Después, ellos en la vida mortal de Jesucristo persistían reverentes a su lado.

El Verbo Divino, que podía haber asociado a Sí cualquier otra naturaleza existente, como la angélica, o haber criado otra naturaleza superior a ella, o haber modificado la naturaleza humana,—no quiso sino tomar esta misma, desvestida solamente de la inclinación al mal, pero, en lo demás, exactamente la misma, perfeccionada en el mismo tipo humano con las excelencias del ser humano, como inteligencia, como afecto, como sensibilidad, a fin de que estas excelencias sirviesen a la precisión del holocausto, al ejemplo de la posterior actividad humana.

De este modo criadas todas las cosas visibles para el hombre, el hombre criado, previsto, tal como la presciencia de Dios veía el ser humano que tomaría el Verbo, resulta que la finalidad de toda la creación venía a ser el Verbo humanado. Este fué el primer tipo existente en la mente divina, la primera, la más excelente de todas las criaturas.

El primer hombre, Adán, y en él todos los hombres, eran símbolo, imagen de otro Hombre, de Jesucristo, Hombre—Dios. Y así como ellos generaban la prole humana, Él que había de venir como Primogénito, como el primer previsto en la ciencia divina, había de generar una generación nueva, la vida de la gracia, la de la reconciliación y el sacrificio (1).

Tertuliano (*De resurrect. carn.*, nº 6) nos muestra a

(1) “Adán, que es figura de aquel que había de venir.”—(San Pablo, *Romanos*, cap. V, 14).

Dios preocupado del tipo divino de Jesucristo: "En todos los rasgos que modelaba Dios, tenía presente en su espíritu a Cristo que había de ser hombre."

Lejano como estaba todavía el tiempo en que este tipo divino había de tomar forma sensible, ello no obstante, Él era el previsto y preparado. Ingeniosamente compara San Francisco de Sales esta previsión, esta preparación con la previsión de la cosecha al sembrarse la planta:—"Todo ha sido hecho para ese Hombre divino, el cual, por esta razón, es llamado Primogénito de toda criatura; poseído por la majestad divina en el principio de sus caminos, antes de hacer cosa ninguna, creado en el principio ante todos los siglos, &. No se planta ordinariamente la vid sino por el fruto; y sin embargo, el fruto es lo primero que se desea, espera, intenta, aun cuando le anticipen en su formación los pámpanos y flores. Del mismo modo, el gran Salvador fué el primero en la divina intención, en aquel eterno proyecto que de la producción de las criaturas hizo la divina Providencia. Y por consideración a este fruto tan vehementemente deseado, fué plantada la viña del universo y constituida la sucesión de muchas generaciones, que, a guisa de hojas y flores, le debían preceder, como precursores y preparativos convenientes a la producción de este racimo que tanto alaba la sagrada Esposa en los cánticos y cuyo licor alegra a Dios y a los hombres."—(Tratado del Amor de Dios, L. 2º, cap. V.)—Con razón Augusto Nicolás, al citar este bellissimo pasaje, dice también hermosamente que, en este, "la gracia no es sino una flor de la verdad; y la sencillez, lo natural de lo sublime." . . . .

Criado, pues, el universo, criado el hombre, el Verbo humanado estaba en el mundo como la finalidad altísima, como la razón de ser, como la vida de todo lo criado. "En el mundo estaba, y el mundo por Él fué hecho" (1). Por esto cuanto iba saliendo de las manos de Dios, iba relacionándose al Verbo que se humanaría.—"El Padre ama al Hijo, y todas las cosas le

(1) San Juan I, 10.

ha dado en su mano." (1) La razón de existencia de las cosas, desde el átomo insensible hasta el alma humana, hasta los espíritus angélicos, era el Verbo humanado, no sólo en la vida sensible, sino en la ulterior del alma humana, al través de la disolución del sepulcro, en el reinado de la luz perdurable, en el segundo reinado de Jesucristo Vencedor de muerte, de Jesucristo Salvador, de Jesucristo Juez, de Jesucristo Glorificador, así del hombre regenerado por la gracia, como lo fué de los ángeles fieles, enaltecidos por la adoración al Hijo de Dios. Jesucristo, en cuanto Hombre, fué, pues, lo primero que previó la incomprendible, la augusta, la adorable presciencia divina. Esa fué la primera generación en el orden de las cosas criadas.

Hablando San Pablo (2) de la elección de los escogidos *ab aeterno*, los ve escogidos, previstos para que sean hechos conformes al tipo del Hijo de Dios:—"Porque los que conoció en su presciencia, a estos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos." "Bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo—añade en otro lugar—que nos bendijo con toda bendición espiritual en bienes celestiales, en Cristo. Así como nos eligió en Él mismo, antes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos y sin manilla delante de Él, en caridad."

"Somos hechura de Él mismo, criados en Jesucristo para buenas obras" (3).

San Pablo completa el génesis admirable de San Juan, con estas palabras referentes al Hijo de Dios, el Verbo humanado: "Él que es imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda criatura. Porque en Él fueron criadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ahora sean tronos o dominaciones, o principados, o potestades: todas fueron criadas por Él mismo y en Él mismo.

(1) S. Juan III.  
(2) Roman., cap. VIII, 29.  
(3) Efes. cap. II, v. 10.

Y Él es ante todas las cosas, y todas subsisten por Él. Y Él mismo es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es principio, Primogénito de los muertos; de manera que Él tiene el primado sobre todas las cosas; porque en Él quiso hacer morar toda plenitud; porque en Él habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente y reconciliar por Él a Sí mismo todas las cosas, pacificando por la sangre de su cruz, tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo" (1).

Pasaje elocuente éste, como todo lo que ha brotado de la inspirada pluma del Apóstol de las Gentes, a quien cupo "la gracia de manifestar a todos cuál sea la comunicación del sacramento escondido, desde los siglos, en Dios que lo crió todo" (2); el misterio que ha estado escondido en los siglos y generaciones, mas ahora ha sido manifestado a sus santos (3) —Cristo, el cual es imagen de Dios" (4).

El alma humana, acostumbrada al servicio de los sentidos, aún en medio de los más poderosos esfuerzos de abstracción, no puede lograr representarse a Dios, sino encarnando, en cierto modo, y aún sin quererlo, las más espirituales nociones en las representaciones que le prestan los sentidos, y esto en las inteligencias que no son vulgares. La generalidad no puede sutilizar el concepto del Dios invisible.

La Providencia paternal de Dios quiso, pues, que se sensibilizase este Dios, "a quien nadie le vió jamás" (5): pues en las visiones con que regaló a sus escogidos no se mostraba el Sér divino, sino una apariencia sensible, un fenómeno físico por el cual y en el cual se revelaba ese Dios "invisible, inaccesible y absolutamente inimaginable para el hombre" (6). El Verbo Divino había, pues, de asumir nuestra naturaleza, y nues-

(1) Colos., I, 15, 16, 17, 18, 19, 20.

(2) Efes., III, 8, 9.

(3) Colos., I, 26.

(4) 2ª Corint. IV, 4.

(5) San Juan, I, 18.

(6) Incomprehensibilis erat et inaccessibleis et inexcogitabilis omnino.

—San Bernardo, *In Nativit. Mariae*, II.

tra naturaleza habría de saciar su contemplación y regalarse con el sér físico del Dios, hasta antes de Jesucristo, invisible.

"Él mismo me llamó:—Padre; y Él mismo será el Primogénito y así le ensalzaré y aseguraré su señorío." David anunció de este modo (Ps. 88) lo que luego confirmaría San Pablo proclamando a Jesucristo *Primogénito de toda criatura*; puesto que, previsto por el Verbo el hombre, prevista la sensibilización del Verbo, el sér de Jesucristo, la Humanidad del Hijo del Hombre y en ella el holocausto, la generosa víctima, el aroma, la santidad del sacrificio;—eran lo primero y más grandioso que apareció en la presciencia divina, con el Sér Primogénito de todo lo criado, como con tanta precisión dice San Pablo.

Esta primogenitura le haría decir a Jesús, vísperas de su muerte, dirigiéndose a sus discípulos: "Todas cuantas cosas tiene el Padre, más son" (1)

El Primogénito hará ver a los hombres, sus hermanos, que es tanto el amor de su Padre, tanta la dignidad del Hijo Rey, que, para hacerles coherederos de su gloria, es Él mismo, el Padre, el que a los hombres lleva al amor de Jesucristo:—"Nadie puede venir a Mí, si no le trajese el Padre que me envió" (2), desvestiéndoles de todo afecto contrario a la dignidad y santidad de la coherencia con Jesucristo. En la unidad de la augusta Trinidad, aún el recuerdo de Jesucristo, aún su nombre, no son sugeridos a la piedad y a la fe y al amor, sino por el amor del Espíritu Santo: "Y ninguno puede decir Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo (3). "Ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba, Padre" (4): al Padre, "del que toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra" (5). A su vez, Jesucristo mediador nos conduce a la Trinidad adorable: "por cuanto, por Él, los únos y los otros tenemos entrada al Pa-

(1) S. Juan, XVI, 15.

(2) San Juan, VI, 44.

(3) San Pablo, Corint. 1ª, cap. XII, 3.

(4) Id. Gálat. IV, 6.

(5) Id. Efes., III, 15.

dre en un Espíritu" (1).

El Primogénito dirá a sus hermanos segundogénitos, a los hombres todos: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y en que seáis mis discípulos" (2). En que seáis olor mío, según aquello de San Pablo (3), "somos para Dios buen olor de Cristo", "olor de campo lleno", como el que tenía Jacob al recibir la bendición de su anciano padre (4). "Y andad en caridad, así como Cristo también nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros, ofrenda y hostia a Dios en olor de suavidad (5),—olor de suavidad para cuya concentración vierte la Iglesia el agua del bautismo en el párvulo que la pide, deleznable terroncillo de vida humana, resacadero en pecado, si Jesucristo no lo fecundiza para espiritual florecimiento.

De este modo embellecese con nueva vida la deformada por el pecado, y regenerándose, tanto se enaltece, que ya los ángeles ven dignificado al hombre en su coparticipación humana con Cristo.

Con ingeniosidad y ternura el franciscano español Fray Diego de la Vega aplica así a tal estado de vida espiritual un pasaje del Cantar de los Cantares:

"Dice Dios, el esposo de nuestra alma, hablando con ella, si no es que queremos hable con toda la Iglesia: "Oh tú la que moras en los huertos, a tí te escuchan los amigos! Hazme oír tu voz. *Quae habitas in hortis, amici auscultant te, fac me audire vocem tuam.* ¿Con quién hablo, esposa mía querida? La que por ahora os entretenéis en el jardín y casa de campo, la que tenéis oficio de hortelana y andáis con la podadera en la mano ocupada siempre en los trabajos y en los ejercicios de la vida ¡alma! estad sobre aviso y cantad un poco, mirad que os escuchan buenos oídos.

"Para entender mejor aqueste requiebro, considerad que el Rey pasando por una aldea, oyó cantar una villana, y

(1) Ib II, 18.

(2) San Juan XV, 8.

(3) Corint. II, cap. II, v. 15.

(4) Génesis XXVII, 27.

(5) S. Pablo, Efes., v. 2.

por ello y por otras gracias que contempló en su persona, al fin vino a casarse con ella, e hízola señora de grandes estados. Llévela a su corte con grande majestad y pompa, y acaso los grandes de su reino llegan a él, y como afeándole el caso, le preguntan que cómo ha hecho un casamiento tan desigual, teniendo gente de tan alta sangre en su reino con quien pudiera casar. Él entonces dice a su esposa que responda por él y por sí al cargo que le hacen los grandes, y que responda con cantar delante de todos, para que atendiendo la gracia y suavidad de su voz con que le robó el corazón, ellos queden satisfechos de ella, y él disculpado con ellos.

"Afcionó el alma a Dios con su música, enamoróle con la suavidad de su voz, ella fué la que le robó las entrañas ella la que le hirió el corazón, ella uno de los motivos que tuvo para casarse con quien se casó, y no reparar en que nuestra naturaleza era zafia y grosera. Y porque pudieran admirarse los Angeles de un casamiento tan desigual, y pudieran decir:—Señor! ¿no había entre nosotros gente de más calidad de más alta guisa, y de más noble linaje, con quien más a vuestra honra os pudierais casar que nó con el hombre? Responde Dios a esta tácita objeción que se le puede hacer, con decirle al alma, que responda por sí: que muestre delante de todos con cantar la suavidad de su voz, los admirables queibros de la oración, bastantes a quebrar un diamante, cuanto más un pecho tierno como el de Dios. Esposa mía que por ahora estáis entretenida en el jardín de la Iglesia, casa de campo donde yo me recreo, suene ya vuestra voz, cantad un poco y cantad con cuidado: mirad que los amigos os escuchan toda la corte del cielo tiene atento el oído para escuchar vuestra oración, y recibirán de oiros particular gusto y contento.—Siendo esto así, no habrá que temer, cristianos, ni que recelarse de llegar a pedir a Dios por más media noche que sea y por más reposado que esté, sabiendo que la oración le es tan agradable, que nunca se enfada de oirla, nunca le cansar nuestras peticiones y ruegos" (1)

(1) Empleo y ejercicio santo sobre los evangelios de las dominicas de todo el año (1604) Parte II. Letanías mayores.



El Primogénito de Dios, el Hombre—Dios, la Humanidad Santa, ungida ya para la muerte por la piedad de Magdalena, dirá al Padre, recordándole la gloria de la Divinidad:

“Ahora, pues, Padre, glorifícame Tú en Tí mismo con aquella gloria que tuve en Tí, antes que fuese el mundo.”—Mi humanidad ultrajada, esta humanidad encarnada por mis hermanos, ésta reclama de Tí la primogenitura de la gloria que tengo como Dios, de la gloria que tuve cuando creábamos el mundo, para el hombre según mi Humanidad.

El Primogénito rendirá razón al Padre sobre la administración de la familia que el Padre le ha confiado, y dirá: “He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Tuyo eran y me los diste a Mí y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste de Tí son. Porque les he dado las palabras que me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que Yo salí de Tí, y han creído que Tú me enviaste. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías: y en ellas he sido clarificado” (1). Palabras son éstas en que se compendia toda la filosofía de la historia.

El Primogénito pedirá para sus hermanos la herencia de la gloria:—“Padre, quiero que aquellos que Tú me diste, estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria que Tú me diste: porque me has amado antes del establecimiento del mundo” (2). En la visión que gozan en el Cielo conocerán cómo glorificó Dios, aun antes de creada, a esta Humanidad, cuyo tipo presidió a la sucesiva creación de los seres.

“Y ya no estoy en el mundo . . . (3) Mas ahora voy a Tí” (4). El Primogénito que iba a morir, no sólo no ahorró para Sí el dolor de la despedida de los suyos, sino que lo ahondó más en su corazón para su primogenitura de muerte.—“Suele ser descanso a los que de esta vida se parten,—pondera Fray Luis de León—no ver las lágrimas y los

(1) S. Juan XVII, 6, 7, 8, 10.

(2) Id. XVII, 24

(3) Id. II.

(4) Id. 13.

sollozos y la tristeza de los que bien quieren. Cristo, la noche a quien sucedió el día último de su vida mortal, los juntó a todos y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida y vió su congoja y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese más amarga la suya. ¡Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche! Qué enternecimiento de amor! Que si a los que ahora los vemos escritos, el oírlos nos entenece ¿qué sería lo que obraron entonces en quien los decía?—(*Nombres de Cristo.*—Rey)

“Cuando Jesús hubo dicho estas cosas, salió con sus discípulos de la otra parte del arroyo de Cedrón” (1). Se acercaba la hora. Al otro día, el Primogénito de Dios había muerto; pero, para adquirir también otra primogenitura, la primogenitura de la muerte, según la profunda y enérgica frase de San Pablo: “El mismo es Primogénito de los muertos.—Primicia de los que duermen” (2).—“Primogénito de los muertos que nos ha dado reino, y ante Quien son vasallos los reyes de la tierra”, como lo proclama San Juan (3).

Esta primogenitura de la muerte hace decir a San Pablo escribiendo a los Colosenses (III, 3): “Muertos estáis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” ¿Qué muerte es ésta? Declárala así Fray Juan de los Angeles:—“No sentir en mí ni los halagos de la pasión, ni el deleite de los sentidos, ni el ardor de la avaricia, ni el fuego de la ira, ni las voces placenteras de la gula, ni en fin los sobresaltos de los demasiados cuidados. ¡Muera mi alma con esta santa muerte de los justos, y no se vea jamás enredada en esos lazos de perdición ni manchada con ninguno de esos estigmas vergonzosos; muerte santa que no quita la vida, sino que la muda en otra mejor vida que, sin destruir el cuerpo, levanta y diviniza al alma.”—(*Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares*—1607.—Cap. II, Lecc. 8) En germen de doctrina ya lo dijo el mismo San Pablo (*Rom.* VIII):—“Si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, viviréis.”

(1) Id. XVIII, I.

(2) Colos., I, 18.—I Corint. XV, 20.

(3) Apocalipsis I.

El Primogénito de Dios, Aquél por quien todo fué hecho, el Primogénito de la gloria celestial, tendría aquí en esta tierra, en este mundo creado por Él y para Él, la primogenitura de la muerte. Sería la primera criatura creada para la glorificación en la muerte, para la victoria sobre la muerte cuyo poder no alcanzaría sobre esta Humanidad adorable, vista, contemplada *ab aeterno* por Dios, creada cuando los tiempos para el Primogénito estaban cumplidos.

La primogenitura de la muerte llevaría al Padre, después del Hombre—Dios, a otro hombre, criatura predestinada en los amorosos designios de Dios para ser asociada en la gloria del Primogénito, con todo de ser, y como para mayor glorificación del Primogénito, una criatura abyecta a los ojos de los hombres: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (1). ¡En ese cuerpo ensangrentado de Dimas brotaba la primera cosecha del Primogénito de los muertos para la eternidad de la gloria. Días después, de Jesucristo que, intercesor en bien de sus verdugos, desde la cruz pedía al Padre les perdonase, surgiría Esteban, primogénito de los hombres en perdonar como Jesucristo perdonó, en postrarse por tierra y, lapidado por las turbas, clamar a Jesucristo a Quien veía a la diestra de Dios:—¡ Señor! no les imputéis a pecado esta muerte que me dan! . . .

Y por la fecundidad misteriosa de la gracia divina, esta plegaria de Esteban estaba engendrando en un testigo cómplice de su muerte, —en Saulo el perseguidor de los cristianos— al futuro Apóstol de las Gentes, primicia del clamor de Esteban, como lo contempla San Agustín, diciendo que si así no hubiera orado Esteban, no tendríamos a San Pablo: *Si Stephanus non orasset, Ecclesia Dei Paulum non haberet.*

La primogenitura de la muerte, allí al pie de la cruz creará para María una segundogenitura al encomendarle en Juan a todos los cristianos:—“¡Mujer! he allí a tu hijo!”

La primogenitura de la muerte abriría el Cielo a la criatura predilecta de Dios, a la Humanidad de Jesús que clamaría ofreciendo al Señor la mayor, la más imponderable, augusta y

(1) San Lucas, XXIII, 43.

santa de las ofrendas, la ofrenda única con que se completaba y regeneraba la creación entera: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (1).

El Primogénito de la muerte, cuyos pies fueron ungidos para el sepulcro, cuando la que le ungió vivo vaya a llorarle muerto, vaya a gemir a los ángeles guardianes del sepulcro, porque, al verlo vacío, cree se han llevado de allí a su Señor (2), entonces llamándola:—¡“María!”—, conmoviéndola de gozo, impidiéndole tocarle, porque todavía no había subido al Padre;—le daría este mensaje para los Apóstoles llamándoles hermanos: “Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.” (3). Así el Primogénito de la muerte vencería a la muerte, haría de la muerte, nó la destrucción de la vida, nó el alejamiento de Dios, ya nó la conductora al seno de Abrahán, sino la cosechadora de las almas justas para la resurrección de la carne, y la glorificación de ella por la Humanidad de Jesucristo, en la gloria común creada por Jesucristo y en la que, con la primogenitura de su muerte, nos haría coherederos de esa gloria en la paternidad que establecería al resucitar, llamando a su Padre, *Padre de nosotros, Dios nuestro* a su Dios. “Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos *Abba* (Padre). Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo” (4).

Así, la primogenitura de la muerte de Jesucristo devuelve a Dios, santificado, lo que consagró, ennobleció, embelleció en la primogenitura de la creación, para de transitoria muerte surgir en perfecciones que no nos es dado imaginarlas en una vida que así definía Jesucristo:—“Esta es la vida eterna: que te conozcan a Tí sólo Dios verdadero y a Jesucristo a quien enviaste.” (S. Juan, XVII). “Ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por la muerte, para presentaros santos y sin man-

(1) San Lucas, XXIII, 46.

(2) San Juan, XX, 13.

(3) San Juan, XX, 17.

(4) Roman., cap. VIII, 15, 16, 17.

cilla e irreprehensibles delante de Él" (1). "Si fuimos plantados juntamente con Él a la semejanza de su muerte, lo seremos también a la de su resurrección" (2).

Satisfecho lo que a la divina justicia se debía, Jesucristo abrió las vías de la regeneración humana mediante su gracia en el alma de los hombres, sobre el sacrificio de las pasiones, sobre la muerte del apetito desordenado y, hasta en estímulo, a la glorificación de Dios en sus criaturas. "También vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedecáis a sus concupiscencias."—"A los que aman todas las cosas les contribuyen al bien a aquellos que según su decreto, son llamados santos" (3).

Tal armonía exige la cooperación humana en el sacrificio voluntario, como fué el de Jesucristo. Por esto, el Apóstol de Jesucristo Crucificado, triste por el olvido de la cruz, decía: "Muchos andan, de quienes otras veces os decía (y ahora también lo digo llorando) que son enemigos de la cruz de Cristo.—Mas nuestra morada está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador Nuestro Señor Jesucristo—El cual reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme a su cuerpo glorioso, según la operación con que también puede sujetar a Sí todas las cosas" (4).

Las cosas creadas, el goce de ellas por el hombre, su armonía en la economía de los afectos del corazón humano, todo esto que andaba desorientado,—por la gracia vuelve a su centro, por la gracia se dignifica, la gracia lo levanta como olor de incienso desde el fuego del corazón; y lo que se digni-

(1) Colos., I, 22.

(2) Roman., cap. VI, 5.—"En Jesucristo murió y resucitó nuestra deificada naturaleza. Cuando Él murió en la cruz, esta muerte fue para ella una nueva creación."—NEWMANN, citado por OXENHAM. *Histoire du dogme de la Rêdemption* cap. 3.

(3) Roman., cap. VI, II, 12.—Cap. VIII, 28. Véase la Epístola 1ª a los Corintios, cap. XV sobre la resurrección. *Colosenses*, III. *Tesalon* 1ª, IV,

(4) Filipens., cap. III, 18, 20, 21.

fica así en el corazón del justo, se santifica en el Corazón de Jesucristo, de Quien sube holocausto al acatamiento divino. Así, el hombre y el universo entero están como sacramentados en el corazón del Hombre—Dios, y la naturaleza recobra en ese Corazón la primitiva solemnidad del culto a Dios.

Con piadoso ingenio el agustiniano español Fray Jerónimo Cantón sensibilizaba así a principios del siglo XVII, la trascendencia sobrenatural de los goces de la vida hacia la glorificación de Dios:—"Como quien ha porfiado en mirar al sol cara a cara, después cuando baja los ojos, dondequiera ve sol, y todas las cosas que mira le parecen soles;—asi yo, dondequiera que ponga los ojos veo a Dios, en cualquier gusto, gusto a Dios; lo que digo es palabra de Dios, lo que hablo es del cielo, lo que pienso es lo que Dios pone en mi pensamiento, y veo juntamente que estos afectos no pueden nacer de vida humana, sino de sobrenatural y divina, por ser ellos sobrenaturales y divinos. Y así digo yo:—ya no yo, porque mi vida no es mía sino de Jesucristo que vive en mí".—(*Excelencias del nombre de Jesús*—1607—Lib. IV, cap. 4.)

"De manera que Él tiene el primado en todas las cosas. Porque en Él quiso (*el Padre*) hacer morar toda plenitud" (1).

Toda la plenitud de la Divinidad está en Jesucristo, en el Hombre—Dios. La plenitud de la Divinidad como Dios, la plenitud de la Divinidad en el Hombre; en ese Hombre de sin igual perfección, en quien tal plenitud reside, en ese Hombre para quien todo fué creado en el cielo y en la tierra; en ese Hombre a quien no pasaba desapercibido ninguno de los seres físicos, ninguno de los fenómenos, ninguna de sus excelencias, sin hacer que resonase en su alma el cántico de la adoración al Verbo por Quién fué todo creado y todo embellecido. Y así como Dios hizo morar toda plenitud en Jesucristo la caridad de Jesucristo nos llenará de Dios, mediante la comunicación de la gracia en nuestra justificación: "La caridad de

(1) S. Pablo, loc. cit.

Cristo que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda plenitud de Dios" (1).—Dios y Hombre, para unificar entrambos caracteres en nuestra adoración.—"Orígenes. declarando las palabras de la Esposa, que dice:—Comí mi panal con mi miel, afirma que el panal es la Humanidad de Jesucristo, y la miel es la dulcísima Divinidad escondida en aquella virginal cera". (2)

Ese Hombre divino tiene, pues, por todo esto, el primado de todas las cosas, dado en herencia en la creación para Él, y regenerado, dignificado, enaltecido y santificado, poetizado, digámoslo en lenguaje de arte, después del sacrificio con que, en la primogenitura de la muerte, devolvió a la Divinidad lo que el pecado alejó de la Divinidad, "reconciliando por Él a Sí mismo", según la profunda expresión de San Pablo, "todas las cosas, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo" (3), pero sobre la base de la libertad humana, guiada, iluminada por la gracia, en sus relaciones con Dios por medio de Jesucristo. "Justificados, pues, por la fe, tengamos paz con Dios por Nuestro Señor Jesucristo (4). Pues si alguna criatura es hecha nueva en Cristo, las cosas viejas ya pasaron: he aquí to-

(1) S. Pablo Efes. III, 19.

(2) FRAY JUAN DE LOS ANGELES. *Triunfos del amor divino* (1590) parte II, cap. 14.

"No hay oposición entre el Cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, y viviendo lo ha demostrado Jesucristo. Porque Jesucristo era realmente el Hijo de Dios, y realmente el Hijo del Hombre. Por esto, para amar la vez al Dios escondido a quien no vemos y al hombre a quien vemos, necesariamente, es necesario y basta amar a Jesucristo, gloria de Dios y gloria del hombre, encarnación de Dios, y como encarnando en sí propio al hombre. Es necesario buscar a Dios en Jesucristo, es necesario buscar a Jesucristo en el hombre,—en nuestro prójimo y en nosotros mismos,—y entonces espontáneamente y en un solo impulso, amaremos a Dios y a nuestros hermanos y nos amaremos a nosotros mismos, porque amaremos a Jesucristo".—MONOD. *L'Évangile du Royaume. Le deux. com.*

(3) Id. Colos. I, 20.

(4) Id. Roman. V, I.

das son hechas nuevas. Todas son de Dios, que nos reconcilió a Sí por Cristo, y nos dió el ministerio de la reconciliación (1). Porque, ciertamente, Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, no imputándole sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación" (2).

Reconciliando por El á Sí mismo por su humanidad santa, sacrificada a su Divinidad ofendida, todo lo que debiendo ser adoración, se había vuelto pecado; pacificó, con su preciosa sangre, la guerra que el pecado puso entre Dios y el hombre, entre el hombre víctima de los ángeles caídos, y los ángeles fieles a Dios, en quienes, aún antes del sacrificio de la cruz y cuando apenas conocieron los soberanos designios de la Encarnación, puso el Señor la paz de la adoración a la Humanidad que asumiría el Verbo de Dios.

¡Sublime misión de Jesucristo que vino, con el bautismo de su sangre, a presentar a Dios este mundo, recién nacido a la vida a la regeneración espiritual al pié de la cruz! Y este bautismo de sangre selló el dominio de Jesús Rey, de Jesús Sacerdote, del Ungido de Dios sobre todas las criaturas: "Sepa" proclamaba poco después de la muerte de Jesús el Apóstol San Pedro, "sepa certísimamente toda la casa de Israel, que Dios hizo Señor Cristo a ese Jesús, a quien vosotros crucificasteis" (3).

Y esto decía el santo Apóstol, después de recordar la profecía de David que ensalzaba en su visión profética la exaltación de Jesucristo por Dios, del Dios—Hombre por el eterno Padre: "David no subía a los cielos, y decía, con todo esto "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra. Hasta que ponga a tus enemigos por tarima de tus pies" (4).

Esa primogenitura trae el dominio sobre nosotros, vivos y muertos: "Ninguno de nosotros para sí vive, y ninguno para sí muere. Porque si vivimos, para el Señor vivimos; y

(1) Id. 2ª. Corint. V, 17, 18.

(2) Id. id. V, 19.

(3) Act. Apost., II, 36.

(4) Ps. CIX, I.

morimos, para el Señor morimos. Y así que vivamos, que muramos, del Señor somos. Porque por esto murió el Señor y resucitó: para ser Señor de muertos y de vivos (1). Nuestro Señor Jesucristo que murió por nosotros: para que, o que velemos o que durmamos, vivamos juntamente con El (2). Pues si somos muertos con El viviremos; si sufriéremos reinaremos también con El; si le negáremos, El también nos negará. Si no cremos, El permanece fiel: no puede negarse a Sí mismo (3). La cual (soberana grandeza de poder) efectuó (el Padre) en Cristo, resucitándolo de los muertos y colocándolo a su derecha en los cielos, sobre todo principado y potestad y virtud y dominación, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, mas aún en el venidero. Y todas las cosas sometió bajo los pies de Él, y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia" (4).

“¿A quién de los Angeles dijo jamás:—Tú eres mi hijo, Yo hoy te he engendrado?—Y otra vez:—Yo le seré su Padre y Él será mi Hijo?—Y otra vez cuando introduce al Primogénito en la redondez de la tierra, dice:—Y adórenle todos los Angeles de Dios“. (5)

Aquí podríamos continuar también nosotros:—¿A qué mujer enaltecí jamás un Angel reverenciándola como a ungida de gracia divina, colmada de tanta gloria, como a María, hasta hacerle prorrumpir más tarde en el cántico del Magnificat:—“El Todopoderoso ha hecho en mí magnificencia de mercedes?“ *Fecit mihi magna qui potens est.*

¿Y cómo no había de hacerlo con tan excelsa criatura destinada a ser la Madre del Verbo Encarnado, con María, también la primogénita de las mujeres en la previsión de tan soberano misterio?

San Anselmo ve en la belleza de María una corrección

(1) Roman., XIV, 7, 8, 9.

(2) 1ª Tesalon. V, 9, 10

(3) 2ª Timot. II, II, 12, 13.

(4) Efes. I, 20, 21, 22.

(5) Hebr. I, 5, 6.

que enmienda la belleza humana de Eva. *Humanae naturae venustas primigenae Evae correctio, emmendatio* (3)

Más teológico y hermoso es el concepto de Sor. María de Jesús de Ágreda, a saber,—que, así como Adán fué formado al tipo humano de Jesucristo, así lo fué Eva al de María:—“Miraba (escribe) el Señor con sumo agrado y benevolencia a estos dos retratos de los originales que había de criar a su tiempo, y por ellos les echó muchas bendiciones, para entretenerse con ellos y sus descendientes, mientras llegaba el día en que había de formar a Cristo y a María“—(*Mística Ciudad de Dios*,—1736—Parte I, lib. I).

A Cristo y María, a Adán y Eva contemplaba así en el siglo XVII el español P. García S. J.:—“Quiso Dios con sapientísima providencia que fuese la reparación del mundo como había sido la creación del hombre; y así como tuvo Adán la compañía de Eva, así en la reformación de ese mismo hombre tuviese Cristo la compañía de María“ (2)

El Padre Rivadeneira espiritualiza así en la primogenitura de Jesucristo la primogenitura que desde lo íntimo de nuestra alma debemos retornarle:

“El primogénito y el mayorazgo del reino y de cualquiera casa y familia ilustre se tiene en mucho, y es lo primero en que se ponen los ojos; y el primogénito del hombre que es racional y tiene entendimiento y voluntad, y se gobierna por razón y por amor, es el primer juicio que tiene, de cual dependen todos los otros juicios del hombre; y aquel primero y principal amor, que es como regla y fuente de todos los otros amores, y este juicio y este amor manda el Señor que le presentemos y ofrezcamos como cosa suya. Aquello con que el hombre piensa que se puede hacer bienaventurado si lo alcanza, y si lo pierde infeliz; y aquello que abraza con más estrecho amor, y tiene pegado a las entrañas, y

(1) *Orat. I de Nativ. Virg.*—V ALONSO DE FLORES. *La Avemaría ilustrada* (1658) Fol. 241.

(2) V. *Vida de la Virgen María*, por Rivadeneira edición prologada por el P. Mir (1879) *Dolores*.

con mayores ansias desea y procura; aquello que como óleo nada sobre otros licores, y cuando se encuentra con cualquiera otra cosa, la sobrepuja y tiene debajo; ese es el amor y el primogénito que Dios nos pide: de manera, que aunque le demos todo lo demás, no lo estima y es nada en sus ojos; así como si Dios nos diese todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no se nos diese a Sí mismo, no nos aprovecharía para tener contento seguro y bienaventurado. Ama el hombre la hacienda y ama al hijo; pero cuando se encuentra el amor de la hacienda con el del hijo que está enfermo o en algun peligro, gástase la hacienda porque no muera el hijo.

“Pues este amor nos pide hoy el Señor: este es el mayorazgo que le debemos ofrecer; que en nuestra opinión no haya cosa que con Dios se iguale ni se compare, ni tenga precio ni valor, más que un poco de lodo en comparación de un riquísimo e inestimable tesoro; y por no perderle perdamos la hacienda, la honra, la mujer y los hijos, y la propia vida si fuere menester: y no es mucho que, pues Dios nos dió a Jesucristo, que es Primogénito de todas las criaturas, por manos de la Virgen, para que ella hoy se le ofreciese, que nosotros en retorno demos a su Divina Majestad nuestro juicio y nuestro amor; que aunque es de suyo tan vil y tan flaco, todavía por ser nuestro primogénito, e ir acompañado con los merecimientos de este Señor, le será más acepto sacrificio y agradable que lo era el de la ley vieja de los primogénitos; la cual debajo de sombras y figuras nos representaba esta espiritual ofrenda, y nos enseñaba a degollar y hacer sacrificio de los primogénitos de los animales, que son las pasiones que nacen de nuestra sensualidad y de la parte inferior de nuestra alma como de un animal bruto y sin razón”. (*Op. cit.* Purificación.)

Muerte y resurrección de Cristo, muerte espiritual nuestra por el pecado, pero vida en el retorno a Dios, unífficalas así San Pablo (*Rom. VI*): “Como Cristo resucitó de muerte a vida, así nosotros andemos también en novedad de vida . . . . Vivos para Dios en Nuestro Señor Jesucristo”.

Sacrificada así ésta nuestra enferma primogenitura de pecado, resucitará gloriosa por obra del Primogénito de la muer-

te:—“Por la muerte del Hijo de Dios se da al hombre vida de Dios; por las tristezas del Hijo de Dios, alegría de Dios; y por haber estado desnudo el Hijo de Dios entre dos ladrones en una cruz, se da al hombre que esté vestido de gloria entre los coros de los Angeles”.—(\*)

Criadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, la vida transitoria y la vida eterna unificanse en la primogenitura de Jesucristo Hombre y Dios:—“*Ipsé est primogenitus omnis creaturæ in quo condita sunt universa in coelo et in terra.* (S. Pablo. *Colos.*) El es el Primogénito de todas las criaturas en el cual fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra. Alude a lo mismo Moisés, escribiendo dos producciones de las cosas: la una en que las produjo Dios hablando con la palabra *fiat*: la primera fué la producción eterna del Verbo y de todas las cosas en Él.—La segunda fué la producción temporal: confirmólo Salomón, el cual, hablando de la Sabiduría divina, dice (*Prov.*): *Quando praeeparabat coelos aderam*, cuando preparaba y adornaba los cielos, estaba presente. A este blanco tiran aquellas palabras de San Pablo (*Rom. II*): *A quo omnia, in quo omnia, per quem omnia*; y el Eclesiástico:—*Ego ex ore altissimi prodii primogenita ante omnem creaturam.* Yo nací primero que todas las criaturas”—(*Fr. JERÓNIMO CANTÓN. Excelencias del nombre de Jesús*).

He aquí a Jesucristo, el Primogénito, el Rey, el Sacerdote, el Ungido, puesto a la diestra del Padre, y gobernando un mundo nuevo en el cielo y en la tierra, y ofreciendo a la Divinidad el único holocausto digno de ella: su misma Humanidad santísima, hoy impasible, místicamente sacrificada en los altares de la tierra. Arriba, su Humanidad unida a la Divinidad; a la diestra del Padre; aquí, Hombre y Dios en la Sagrada Eucaristía; y la vida de la gracia extendida en la Iglesia de las almas que gozan de la visión beatífica, de las que pelean aún las batallas de la vida, de las que se purifican todavía en el purgatorio;—“Jesucristo Nuestro Señor, el cual fue

(\*) RIVADENEIRA. Fiesta de todos los Santos.

entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación" (1). "Los gajes del pecado son muerte; mas la gracia de Dios es vida perdurable en nuestro Señor Jesucristo (2).

Admirablemente, Pascal armoniza, unifica así en Jesucristo mediador estos dos extremos,—Dios y el pecador:—"El conocimiento de Dios, sin el conocimiento del hombre en la propia miseria, engendra orgullo. El conocimiento de esta miseria, sin el conocimiento de Dios, engendra desesperación. Surge al medio el conocimiento de Jesucristo, y allí se hacen encontrados nuestro Dios y la miseria nuestra".—(*Pensées*).

Este Primogénito, que recibió la vida del Padre, será, a su vez, vivificador.

"Los que conoció en su presciencia, a estos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo para que El sea el primogénito entre muchos hermanos"—(3).

Si hablásemos en Arte, diríamos que en el barro modelado para el nacimiento de la figura de Adán, presidía, en los lineamentos y contornos, el tipo de la Humanidad sacratísima de Jesucristo. Por esto, Adán surgiría a la vida con alma fecundizada, con cuerpo formado en aptitud a dolores, y recibiría merced en todo lo que a su sér se relacionase.

Jesucristo era el tipo vivificante de ese barro y de esa alma de Adán. Feliz inspiración la de los artistas que, fieles a una respetable tradición simbólica, al representar a Cristo Crucificado, a-

(1) Roman, cap. IV, 24, 25.

(2) Ib. cap. VI, 23.

(3)—*Romanos*. VIII.—"Habla de los hermanos y compañeros en los propios trabajos; que en eso primogénito fué que padeció más que todos, y su imitación los demás padecieron"—(*Fray Diego de la Vega. Empleo y Ejercicio santo sobre los evangelios de las dominicas de todo el año* (1604) Dom. 2.)

Vigorosamente enaltece después el mismo Fray Diego de la Vega la obrenatural grandeza del dolor humano unido al de Jesucristo.—"El Apóstol San Pablo se firmaba, cuando despachaba negocios desde la cárcel a las Iglesias:—*Ego vincitus in Domino*. Yo el preso en el Señor. Como cuando acá or grandeza se firman—*Yo el Rey, Yo el Duque*,—así San Pablo, haciendo de sus cadenas honra y blasón, firmaba:—*Yo el encadenado por Dios*".

sientan la cruz sobre las osamentas de Adán.

San Pablo dice: "Fue hecho el primer Adán en alma viviente; el postrer Adán en espíritu vivificante". (I Corint. XV.) Este texto del Santo explica el génesis del Hombre—Dios, en relación con el padre del linaje humano.

¿Vivir? es meramente subsistir ¿Vivificar? no sólo mantener estado de vida, sino encenderla depurándola, elevándola. Las lágrimas del incienso viven en su árbol; coaguladas viven todavía gérmenes de nueva trascendencia. Capullo de miel, el panal vive todavía, pero reservado para convertirse en luz, como la lágrima del incienso para, en deshechas nubecillas, ascender y perderse camino de los cielos.

A la vivificación humana por obra de Jesucristo, iniciada en el bautismo, fecunda por sus méritos y favor de su gracia, aplica así hermosamente San Juan Crisóstomo el texto del Cantar de los Cantares:—"Negra soy pero hermosa" (*Homilia de virtute*)—Negra soy, dice el alma, porque mis pecados así me dejaron, pero ya estoy hermozeada por la penitencia. Estoy ennegrecida por el luto de mi caída, pero hermosa por el resplandor del bautismo. . . . No se amedrente el alma que haya sido afeada por la culpa; haga penitencia y clame a Dios humildemente:—Negra soy, pero me regenera mi dolor arrepentido—Y si ya acabándosele los días, se le acerca la muerte, no se acobarde Llore penitente sus culpas, confíeselas con el corazón compungido de dolor, pues escrito está (Salmo 29):—Hasta el anoche cer perdurará el llanto, pero la alegría amanecerá al despuntar la aurora."

En el salmo *Miserere mei, Deus*, David anunció ternísimamente esta vivificación del alma por el divino favor, compendiada así por el Apóstol San Pedro:—"Bendito, glorificado sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo que, por su gran de misericordia, nos ha reengendrado para esperanza de vida por la resurrección de Jesucristo de 'entre los muertos'" (*Ep. I*).

Primogenitura de origen, de vida, de finalidad; vivificación en transmisión de gracia, en la de vida a vivos y muertos, exaltación a la eternidad después de la convivencia con el hombre, plenitud de gloria tras las humillaciones de la tierra—

todo esto compéndialo así San Pablo:—“Cuando Él subió, llevó cautiva a la cautividad, colmando de bienes a los hombres.—Y que subió ¿qué es sino porque antes había descendido a lo bajo de la tierra?—El que descendió, el mismo es el que subió sobre todos los cielos para llenar cuanto existe”—(S. Pablo. *Efes. IV*)

“Porque somos sepultados con Jesucristo en muerte por el bautismo, para que, como Jesucristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida . . . . Así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en Nuestro Señor Jesucristo”.—(Id. Rom. VI, 4, 11)

¡Qué incomprensible es Jesucristo para la inteligencia humana! Pero ¡cuán comprensible para el amor! . . .

¡Piedad! sé tú, humilde piedad, la grama del sendero para los pasos de Jesucristo!

Plenitud de vida, Primogénito de vida, cosechador de vida, Rey escarnecido entre los reyes de la tierra, Rey triunfador, Juez eterno, luz para nuestros ojos desvelados por dolor y pecado, Señor Jesucristo ¡bendito seas! . . . .

Primogénito de la misericordia sacrificado en cruz, perdonador de pecados, pasa Tú por la historia con tu cuerpo en patíbulo. . . . Primogénito de amor, vuelve a nosotros tus ojos, aquellos que volviste a Juan desde tu cruz, ojos copiados, ojos heredados, trasunto fidelísimo de los ojos misericordiosos de tu Santísima Madre María!

Con esos ojos nos miras desde el Cielo, con esos ojos nos estás mirando desde el Sagrario, ¡oh Primogénito de los trigales del Señor!

En el último día, cuando entre el fracaso de los mundos vuelvas a la tierra justiciero, misericordioso y glorificador, ¡ay! entonces míranos con esos tus compasivos divinos ojos! . . .

